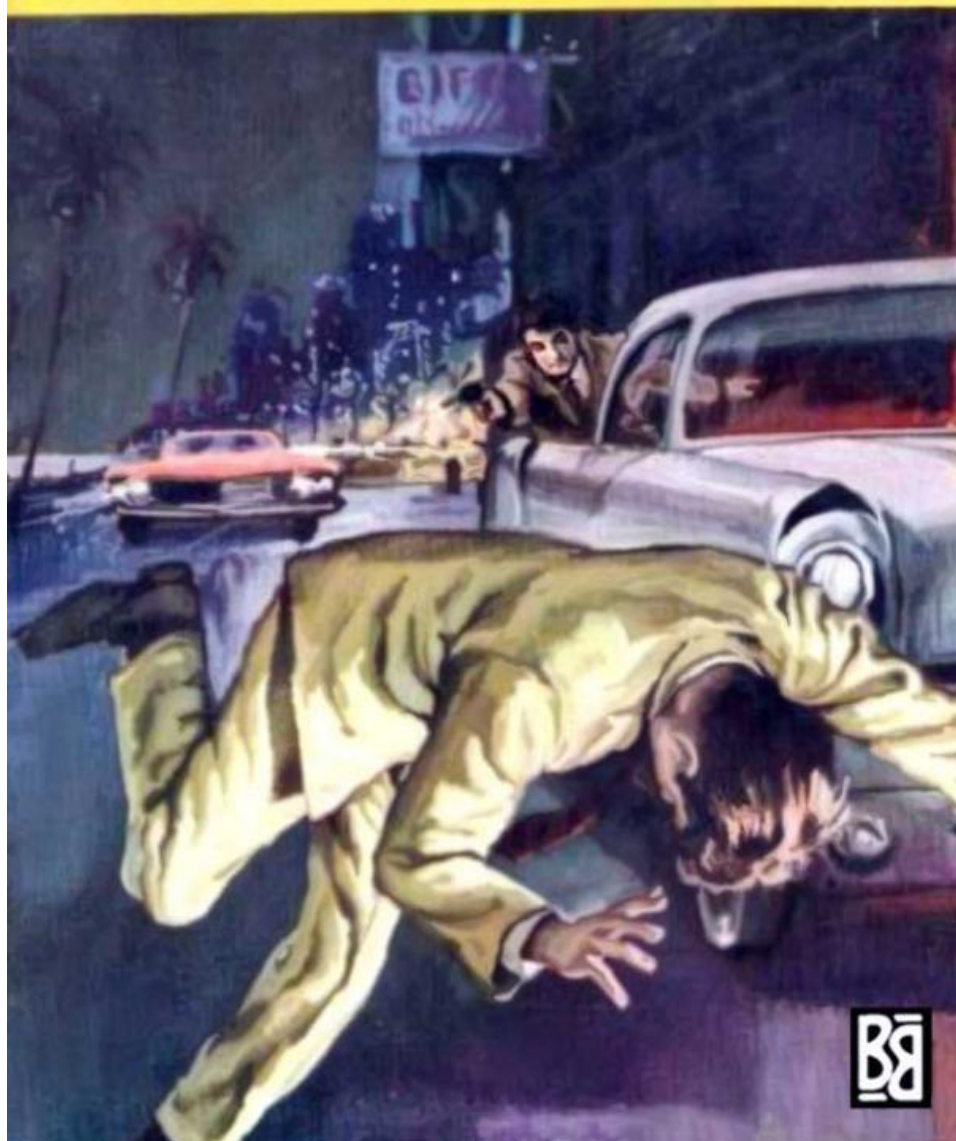


PUNTO
ROJO

la muerte trabaja en Miami

Burton Hare



LA MUERTE TRABAJA EN MIAMI



BURTON HARE

LA MUERTE TRABAJA EN MIAMI

PUNTO ROJO n.º 117
Publicación semanal
Aparece los SABADOS

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**

BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA



DEPOSITO LEGAL B - 1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.^a EDICIÓN JULIO - 1964

© BURTON HARE - 1964
SOBRE EL TEXTO LITERARIO

© ENRIQUE MATAIX -1964
SOBRE LA CUBIERTA

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1964

N. R. 3203/64

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección PUNTO ROJO:

112. —La escultura de la muerte.

En Colección SERVICIO SECRETO:

727. —Para ti el cadáver.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

9. —No sirvo para ladrón.

CAPÍTULO PRIMERO

Todo el mundo sabe que los clientes que acuden al despacho de un detective privado constituyen una curiosa mezcla en todos los aspectos. Tan curiosa como los asuntos que vienen a proponer. Cada uno de esos clientes representa para el investigador, desde el punto de vista de éste, en primer lugar un ingreso monetario, aspecto casi siempre principal del asunto. En segundo lugar, una probable fuente de emoción, y, por último, una sucesión de riesgos y peligros, aunque esto no sucede tantas veces como los mismos investigadores se empeñan en hacer creer, para ganar publicidad.

Pero, por encima de todo esto; de los clientes, de los problemas, de los riesgos e ingresos económicos, hay un factor principal para poner en marcha todos los demás: Que el cliente acuda.

Si el cliente no acude a uno, sencillamente; no sucede nada.

Puede uno pasarse días enteros, semanas e incluso meses calentando el asiento del sillón de su despacho, fumando cigarrillos y leyendo periódicos, mientras la pequeña máquina de calcular del cerebro baraja cifras en un vano intento de calcular las reservas que quedan en la anémica cuenta corriente. Nunca se acierta. Siempre queda menos de lo que uno imagina.

Lo que no sucede nunca es que uno se tropiece con los clientes en plena calle. Ni Papá Noel es capaz de proporcionar estas sorpresas.

Sin embargo, a mí me sucedió y ni yo mismo podía creerlo.

Todo empezó una noche de agosto, calurosa como el infierno, cuando Miami está completamente fuera de temporada y cualquiera puede hallar una habitación en Un hotel sin que le cueste un río de oro en propinas.

Había abandonado la oficina, aburrido después de más de dos

semanas de inactividad: Bien, en realidad la había abandonado también porque en ella reinaba un calor irresistible que casi anulaba la instalación de aire acondicionado. Me detuve a comprar un periódico, lo introduje de cualquier manera en un bolsillo de la chaqueta que llevaba colgada al hombro y tomé rumbo al cercano Emerson Park, mi refugio predilecto en estos casos.

Pronto sentí bajo mis ligeros zapatos el suave roce del césped, después atravesé la ancha pista de macadam y de nuevo un trecho cubierto de césped, frente a mí estaba el refugio. No era más que un banco que caía exactamente debajo de una de esas nuevas luces de vapor de mercurio cuya lechosa claridad había representado una puñalada por la espalda a más de una pareja de enamorados. Pero estaba situado en un sitio donde, por poco aire que soplara, allí daba de lleno convirtiéndolo en un oasis.

Tomé asiento, dejé la chaqueta a mi lado y desplegué el periódico. El frescor de la vegetación, casi tan lujuriente como una selva, se comunicaba al aire y le hacía olvidar a uno que poco antes estaba achicharrándose en la oficina.

Detrás de mí había un macizo recortado como un muro. Durante el día, uno se encontraba con los chiquillos surgiendo por entre el ramaje como súbitas y vociferantes apariciones, pero por la noche resultaba impenetrable.

Mas aquella noche no lo fue.

Primero escuché un prolongado suspiro, casi un gemido. Pegué un respingo, desagradablemente sorprendido al notar que no estaba tan sólo como había supuesto. Después estalló un sollozo aislado, como si la mujer hiciera esfuerzos para contenerlos... y finalmente se desbordó el temporal. Una sucesión de violentos sollozos, hipo y gemidos, todo ello con el suficiente entusiasmo para dar a entender que el drama era de los agudos.

Intentó seguir leyendo. Inútil. Mis ojos recorrían las líneas impresas, pero su significado se esfumaba porque mi mente seguía pendiente del cercano concierto angustioso.

Al fin decidí que aquélla no ere mi noche de paz. Doblé el diario, lo arrojé al suelo y me levanté, alejándome de aquella ruidosa vecindad. Sin embargo, la curiosidad comenzó a crecer dentro de mí, se agigantó y acabé por dar media vuelta, rodear la laguna de césped y, bordeando la barrera de verdor, buscar un lugar

desde el que fuera posible distinguir a la amargada dama cuyos sollozos me habían echado fuera de mi refugio.

Estaba sentada en un banco de metal, encorvada hacia adelante y con la cara cubierta por un pañuelo. Su esbelto cuerpo era sacudido por el llanto. Llevaba los cabellos cortados a la moda y eran de un rubio brillante como el oro. No estaba ni a diez pasos de mí y sus sollozos se escuchaban perfectamente.

No sé el tiempo que permanecí allí, contemplándola como un estúpido. Al fin pensé que la pobre mujer debía hallarse muy sola... y que no perdería nada tratando de prestarle un poco de consuelo.

Me acerqué a ella despacio, tratando de percibir algún detalle que me revelara la clase de dama con la que iba a enfrentarme, si era joven o mayor...

Levantó la cabeza al oír mis pasos y mi respiración se aceleró. Tenía un rostro de los que no se olvidan fácilmente, con pómulos suavemente dibujados, enormes ojos cuyo color no pude distinguir entonces, y unos labios de esos que...

Bueno, vamos a dejarlo.

Me miró, asustada al verse sorprendida en aquella actitud.

Plantado delante de ella le sonreí amistosamente.

—¿Puedo hacer algo por usted, señorita? —pregunté, procurando dar a mi voz una alegría que por lo general no tiene.

—No... No, gracias...

—No parece encontrarse usted muy bien, ¿eh? —insistí.

Sacudió la cabeza y de nuevo el pañuelo ocultó su bello rostro.

Me decidí. Después de todo, no tenía nada que hacer. Adelanté el paso que me separaba del banco y tomé asiento a su lado, apresurándome a explicar:

—Por favor, no me crea uno de esos pegajosos conquistadores profesionales. Sólo deseo ayudarla. ¿Por qué llora?

Tardó cierto tiempo en volver a descubrir su cara. Cuando lo hizo no me miró, sino que continuó con la mirada perdida delante de ella.

—Gracias... pero no puede hacer nada por mí...

—¿Quién sabe? —Sacudió la cabeza de un lado a otro. Yo añadí, como si fuera algo divertido—: ¿Sabe usted? Mi oficio es ayudar a la gente. Me pagan para que les saque de apuros.

Sus ojos me buscaron, pero enseguida se apartaron de mí otra

vez.

—Es muy amable al tratar de distraerme, pero...

—No trato de distraerla, sino de ayudarla. ¿Qué le sucede?

—Papá...

Un nuevo estallido de sollozos ahogó su voz, más amargos que nunca. ¿Qué demonio le estaba pasando? No vestía de luto... Tal vez su padre la había sacudido... o le había prohibido casarse con su amor...

—¿Qué pasa con su papá? —La animé, para que siguiera.

Poco a poco iba dándome cuenta de que su llanto no era normal. Semejaba un estallido de histeria, algo que ella fuera incapaz de controlar.

—Vamos, vamos, nada es tan malo como parece, cálmese. ¿Qué le ha pasado con su padre?

Hipó violentamente, esforzándose por hablar. Finalmente lo consiguió entrecortadamente.

—Ha... Ha... ¡Muerto! —Casi gritó.

Pegué un brinco. ¡Muerto! Quedaba explicado el desconsuelo. Sin embargo..., ¿por qué se había ido de su casa, para ir a llorar en la soledad nocturna de aquel paraje?

—Lo siento —dije—. Debe ser muy duro para usted, naturalmente, pero no ganará nada poniéndose histérica...

—Usted no... no comprende...

—¿Qué es lo que no comprendo?

—El..., papá, allí, solo...

—¿Cómo solo?

Asintió con un gesto y reanudó el llanto. Tuve que confesarme que no entendía nada.

—Bueno, cálmese. ¿Quiere decir que él está ahora solo, en su casa, muerto?

Nuevo gesto de asentimiento.

—¿No vive nadie con ustedes? Ni su madre ni...

Gesto con la cabeza, negando. La cosa iba aclarándose en parte.

—Comprendo —dije—. Usted estaba tan desconsolada que ha preferido salir y...

Negó otra vez. Luego balbuceó entre hipos:

—No... usted... usted no comprende...

—¿Qué es lo que no comprendo?

—Papá... —Aspiró aire profundamente en un intento de calmar los sollozos y añadió de golpe, como a borbotones—: ¡Se... se ha suicidado!

Esta vez casi salté en pie. ¡Ya estaba! Sin embargo...

—¿Cuándo? —pregunté, sintiendo un nudo en la garganta.

Se encogió de hombros...

—No lo sé... lo he encontrado y...

—¡Eh, un momento! —exclamé sin poderme contener—. ¿Cuándo lo ha encontrado?

—No lo sé... ¡No lo sé!

De nuevo su rostro desapareció detrás del pañuelo. Pero la cosa era más grave de lo que yo había creído, así es que seguí adelante.

—¿Lo sabe alguien, aparte de usted?

—No...

—¡Diablo!

Pensé rápidamente. Por un instante, como un chispazo, me dije que tal vez estaba metiéndome en un lío, pero ese pensamiento se esfumó con la misma velocidad que había llegado.

—¿Dónde vive usted, niña? —indagué, ya con voz decidida.

—No...

—No me diga que tampoco lo sabe.

—Sí..., pero no quiero ir allí...

—Tiene que volver. ¿No lo comprende? Hay que hacer algo por él, no puede abandonarlo como a un perro. ¿No quería usted a su padre?

—Le adoraba...

—Con más motivo entonces. Vamos, la acompañaré y haré lo que pueda por usted. Habrá que avisar a la policía.

De nuevo no me escuchaba, sumergida en un mar de lágrimas. ¡Pues sí que era todo un panorama! De pronto se me ocurrió algo más.

—¿Cómo ha venido usted al parque, en coche?

—No.

—¿Andando?

Asintió.

—Entonces su casa debe estar cerca de aquí, chiquilla, la llevaré y...

—No...

Me levanté y sujeté sus manos entre las mías. Las tenía heladas. Yo estaba sudando.

—Levántese.

Trató de resistir, pero tiré de ella y la obligué a abandonar el banco. Quedó rígida, junto a mí. Levantó el rostro, me miró a la cara y se apretó contra mi pecho desesperadamente, reanudando su histérico llanto.

Bien, era cuestión de tiempo. La rodeé con mis brazos y la sujeté mientras duró aquella nueva explosión. Hasta que los sollozos cesaron paulatinamente, aunque ella siguió estremeciéndose entre mis manos. Tenía un cuerpo flexible y duro, juvenil. Apenas tendría veinte años...

Cuando apartó la cara aflojé mis brazos. Mi corazón había acelerado su ritmo de manera alarmante.

—¿Mejor así? —dijo suavemente.

—Sí... gracias.

—Vamos ahora a su casa.

Echamos a andar pausadamente. Desde luego, ella no tenía maldita la prisa por llegar.

Dos minutos después se detuvo. La llevaba sujeta por una mano y me detuve también.

—¿Quién... quién es usted? —preguntó, vacilante.

—Me llamo John... John Burman. ¿Y usted?

—Alice...

—Un nombre encantador. Vamos, sigamos.

Reanudamos la marcha hasta encontramos fuera del parque. De vez en cuando, ella se estremecía y los suspiros escapaban de su pecho sin que pudiera contenerlos.

Me guió hasta la Avenida Malcolm, una tranquila calle bordeada de jardines y chalets de una sola planta. Nos detuvimos delante del que ostentaba el número quince.

—¿Es ésta su casa? —pregunté.

—Sí... ¡Oh, Dios...!

Era una lujosa construcción con abundante terreno alrededor. Todo parecía bien cuidado. Crecían abundantes flores a ambos lados del ancho sendero de grava. En la casa, dos ventanas dejaban escapar un raudal de luz.

Empujé la pequeña puerta de la verja y avancé. Tuve que tirar

de ella para que me siguiera.

La puerta de entrada estaba abierta, aunque no había luz en el vestíbulo. Pero al otro lado de éste se distinguía una línea de luz por debajo de una puerta cerrada.

La obligué a penetrar en la casa. Busqué la luz e iluminé el vestíbulo. Entonces señalé la puerta cerrada por debajo de la cual surgía la luz.

—¿Está allí? —pregunté.

—Sí... es su despacho...

—Está bien, será mejor que se calme. Siéntese aquí mientras yo doy un vistazo y llamo a la policía. Así no tendrá que Verlo usted otra vez...

Di dos pasos hacia aquella puerta, pero ella me atajó.

—Está cerrada por dentro —dijo.

—¿Por dentro?

—Sí.

—Entonces, usted...

—Por el jardín... he abierto la ventana...

Un nuevo raudal de lágrimas la hundieron en la desesperación. Se derrumbó en una butaca y se quedó allí, sacudida por los sollozos.

Salí de la casa, la rodeé y fui a detenerme delante de la primera ventana iluminada que encontré. Allí estaba.

Capté todos los detalles con un vistazo. Las paredes desaparecían por completo detrás de enormes estanterías llenas de libros de todas clases y encuadernaciones. Un diván, tres grandes butacones haciendo juego y una baja mesita casi dividían en dos la habitación. Más allá estaba la mesa de despacho, un sillón... y en el sillón estaba el cuerpo.

Se había derrumbado sobre la mesa. La sangre había goteado al suelo empapando la costosa alfombra. Alrededor de la cabeza, sobre el tablero de la lujosa mesa, una gran mancha se había esparcido ensuciando una carpeta de cuero rebujado y algunos papeles.

Desde donde estaba no podía ver el resto del cuerpo ni el arma, ya que la gran mesa me lo impedía. Dudé entre entrar o no... y decidí que no. A la policía no le gustaría nada que yo metiera las narices allí dentro.

Volví al vestíbulo: La muchacha seguía donde la había dejado.

—¿Ha entrado usted en el despacho? —le pregunté.

—Sí.

—¿Por la ventana?

—Sí.

—¿Estaba abierta tal como está ahora cuando usted ha descubierto el cadáver?

—No... estaba cerrada. He empujado los batientes y...

—Ya veo... ¿Dónde hay un teléfono, Alice?

Señaló detrás de mí. El aparato estaba sobre una pequeña repisa adosada a un rincón. Lo descolgué, marqué el número de Jefatura y cuando me respondieron pregunté:

—¿Está ahí el capitán Madge?

—Espere, no cuelgue, por favor...

Cuando escuché su voz le dije quién era el que le hablaba. Después pregunté irónicamente:

—¿Tienes mucho trabajó, Paul?

—Así, así... ¿Por qué?

—He tropezado con un cadáver, Paul.

Soltó una palabra mal sonante.

—¿Cómo te las arreglas para hacerlo, John? —Gruñó.

—Espera. Se trata de un suicidio... ya te contaré. Toma nota de las señas y ven aquí. Estaré esperando que llegues.

—¡Claro que esperarás! ¿Dónde está eso?

Le di la dirección y colgué. Hecho esto me acerqué a la desesperada muchacha. De alguna manera había que consolarla...

CAPÍTULO II

—¿Y dices que has encontrado a esa chica en el parque?

—Ya te lo he contado —mascullé—. ¿Es que voy a tener que repetirlo?

—No, no... Pero me parece muy extraño que ella haya salido disparada de aquí como lo ha hecho, sólo para ir a llorar su pena en la soledad del parque...

—Estaba histérica perdida. El médico te lo dirá cuando salga de su habitación. No sabía lo que hacía.

—Sí, claro...

Clavó mi mirada en su cara de hombre fuerte y rudo antes de preguntar:

—¿Es que encuentras algo extraño en el suicidio, Paul?

—No... No se trata de eso.

Estábamos dentro del despacho. Los muchachos de Paul estaban terminando con las fotografías. Todavía no habían tocado nada.

La mano derecha del muerto pendía hacia el suelo y casi rozaba la alfombra. Bajo sus dedos, a menos de una pulgada de ellos, estaba la pistola automática que le había volado la cabeza. Lo que quedaba de esa cabeza no era agradable de ver, ya que la automática era de gran calibre y la bala, al salir, se había llevado la mitad del cráneo por delante.

—De todas formas —gruñó Paul—, nunca me han gustado las notas de suicida escritas a máquina. De cada diez cinco son falsas.

—Ésta puede ser una de las cinco genuinas.

—Sí, claro que puede serlo. Lo que no —comprendo tampoco es el texto. ¿Qué perjuicio podía ocasionarle a su hija si él hubiera seguido viviendo?

Me encogí de hombros. De nuevo me incliné sobre la máquina.

La breve nota rezaba:

«Alice, querida pequeña, perdóname. Hago esto por tí. Es el único camino para no causarte un irreparable perjuicio. Te adoro».

No había quitado el papel de la máquina ni había dado vuelta al rodillo, de manera que la última letra estaba justo frente al lugar en que había golpeada la palanca.

El médico de la familia apareció en el umbral de la puerta. Nos acercamos a él. Era un anciano cuya edad de retiro debía haber quedado muy atrás.

—He conseguido calmarla —dijo—. Pero deberían ustedes dejarla descansar unas horas.

—¿No podría formularle unas preguntas ahora, doctor? —inquirió el capitán, impaciente.

—Sí, claro..., pero... Escuchen; conozco a Alice desde que nació. Es una muchacha con un carácter firme y recto. Se repondrá rápidamente y creo que entonces podría serles de más utilidad que ahora. No olvide que está bajo los efectos de un sedante también. —Comprendo, doctor. Bien, veré si puedo esperar... El médico se fue y nosotros volvimos al interior del despacho.

Paul gruñó:

—Desde luego, *hurón*, eres único para oler la sangre a distancia. Tanto si estás trabajando en un caso como si no, los cadáveres surgen a tu paso como setas. ¿Cómo explicas esto?

—Alguna maldición de mis antepasados.

—Seguro. Vamos a echarle un vistazo al fiambre. ¿Han terminado ustedes, muchachos? —preguntó a sus hombres.

Éstos asintieron. Nos acercamos al cadáver y Paul comenzó a sacar lo que el muerto llevaba en los bolsillos. Así nos enteramos que su nombre era Marcel Benson, que tenía cincuenta años y que su profesión era «Comercio».

—¿Qué clase de comercio? —Gruñó el capitán.

—Eso te lo dirá la muchacha cuando pueda hablar.

—Sí...

Me aparté de él, encendí un cigarrillo y me acerqué a la abierta

ventana, donde corría un poco el aire. Aproveché para examinar el alféizar. Los tacones de Alice habían dejado su marca allí. Eran las únicas señales que se advertían.

Poco después llegó la ambulancia. En la calle se amontonaban los morbosos de costumbre a los que un par de agentes de uniforme se esforzaban por mantener alejados.

Diez minutos después la ambulancia se marchó llevándose el cadáver. El forense apareció de alguna parte secándose las manos con una inmaculada toalla.

—Parece que esta vez tendrá usted poco trabajo, Madge —dijo, jovial.

—Sí, eso creo... ¿Cuándo procederá a la autopsia, doctor?

—Mañana por la mañana. ¿O tiene usted mucha prisa?

—No... No creo que haya ninguna prisa. Gracias, doctor.

El médico desapareció para devolver la toalla al cuarto de baño. Paul me miró antes de refunfuñar:

—Si pudiéramos hablar con esa chica terminaríamos esta misma noche...

Antes que pudiera responderle, uno de sus ayudantes preguntó:

—¿Podemos quitar el papel de la máquina, capitán? Es para levantar las huellas que pueda haber en ella...

—Sí... Lo que interesa sobre todo son las huellas de las teclas, especialmente las correspondientes a las letras de la nota. ¿Qué más falta por terminar con las huellas?

—La máquina solamente.

—Bien, dense prisa.

Aplasté la punta del cigarrillo en un cenicero, sucio todavía de los polvos blancuzcos de los expertos en huellas, y encendí otro después de ofrecerle a Paul, que lo rechazó. Se quedó un rato inmóvil, como distraído, hasta que refunfuñó:

—No te conocía bajo ese aspecto, John.

—¿A qué te refieres?

—El Buen Samaritano... apiadándose de la angustiada doncella...

—No digas sandeces.

—¿O buscabas algo más?

—Vete al diablo. ¿Qué podía buscar en una chiquilla desesperada como ésa?

—Tú sabrás... Eres un tipo duro, casi un duro de película. Y te gustan las damas, ¿eh?

—¿Hay alguien a quien no le gusten?

Sonrió burlonamente y se encogió de hombros. Cambió de conversación.

—¿Cómo andas de trabajo?

—Mal. La gente no tiene líos en esta época.

—¿Por qué no solicitas el ingreso en el cuerpo, muchacho? Yo te apoyaría y...

—Olvídate de esto. Antes me dedicaré a criar gallinas.

—Tendrás que hacerlo tarde o temprano. En este trabajo tuyo hay ya demasiada competencia... Sucia competencia diría yo.

—Bueno.

Se echó a reír y se apartó de mí. Regresé junto a la ventana y permanecí mirando el jardín hasta que los policías dieron por terminado su trabajo. Entonces, Paul decidió:

—Voy a ver a la chica, John. Sólo para decirle que mañana vendré para hacerle unas preguntas.

—Te acompaño.

—¿No te fías de mí?

—Eres un pedazo de bruto, Paul, y esa chica está hecha cisco. Vamos, te guiaré.

Llamé con los nudillos en la puerta antes de empujarla. Alice estaba tendida en la cama, pero medio se incorporó al vernos. Estaba tan pálida que daba escalofríos verla. Sus hermosos ojos aparecían desencajados, cargados de dolor.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Paul.

—Mejor...

—No quiero molestarla ahora —añadió él—. Vendré por la mañana, cuando haya descansado. Necesito hacerle unas preguntas, ¿comprende?

—Sí... sí, claro.

—Bueno...

Miré al capitán. Estaba indeciso, como avergonzado por algo. La muchacha era una belleza de tal magnitud que ni el inmenso dolor que la aturdí lograba disimularlo. Para colmo, el camisón se había deslizado de sus hombros y una gran extensión de su anatomía quedaba al descubierto sin que ella lo advirtiera, de modo que Paul

comenzaba a experimentar su clásica turbación. Yo lo conocía bien.

—Hasta mañana —decidió de pronto, girando sobre sus talones.

No me moví del lado de la cama. El se volvió cuándo llegó a la puerta y me miró, interrogante.

—¿A qué esperas? —Gruñó.

—Me quedo —dije—. Esta muchacha no puede dejarse sola esta noche. Veré si encuentro una enfermera para que le haga compañía.

—Sí... ya veo... Bueno, te veré también mañana.

Salió y cerró la puerta. Entonces le pregunté a la chiquilla:

—¿Tiene parientes en alguna parte, alguien que pueda venir a cuidar de usted?

—No. No tengo a nadie excepto a Ros...

—¿Quién es ése?

—Un amigo...

No me gustó aquello, aunque en aquel momento no hubiera podido decir por qué.

—¿Qué clase de amigo? —pregunté—. ¿Puede él velar por usted?

—Sí... El... Vamos a casarnos. No me explico cómo no se me ha ocurrido llamarlo...

—Estaba usted demasiado trastornada —dije. Pero sentí una gran antipatía por el tal Ros—. ¿Quiere que lo llame yo?

—Sí... se lo agradeceré. Encontrará el número en el listín de mano que hay junto al teléfono. Se llama Ros Korum. Dígale lo que ha sucedido.

—Bien...

Estaba junto a la puerta cuándo me llamó. Dijo cuando me volví:

—Gracias por todo, míster Burman... Yo... yo no sé qué hubiera sido de mí si no llega a aparecer usted. Nunca podré agradeceréelo bastante...

—Olvídelo. Y recuerde que mi nombre es John. ¿De acuerdo?

Intentó sonreír, y, aunque no lo consiguió, su rostro resplandeció con una luz nueva, suave y turbadora. ¡Condenado Ros!

Fui al teléfono, consulté el número y lo marqué. Nadie respondió, a pesar de que repetí la llamada por si me había equivocado de número. Fue inútil. El amigo Ros no estaba en casa.

Cuando se lo dije a ella no pareció importarle mucho. No hizo ningún comentario, pero al cabo de unos instantes preguntó:

—¿Ha leído usted la nota... lo que había escrito en la máquina?

—Sí...

Me miró. Tenía los ojos enrojecidos. Yo estaba pensando en la manera de arreglar las cosas lo mejor posible. Llamar a una enfermera y...

—¿Qué ha podido obligarle a hacer esto? —suspiró de pronto.

—Cualquiera sabe... parece que temía perjudicarla a usted de alguna manera.

—Eso es absurdo. ¡Oh, Dios mío! ¿Por qué no me hablaría? Yo...

—Trate de no pensar en todo esto ahora, Alice. Necesita descanso... dormir, ¿comprende? Voy a traerle una enfermera que la acompañe esta noche, así no se sentirá tan sola.

—No necesito ninguna enfermera. Dentro, de poco me sentiré bien. No soy una chica histérica, John... aunque ese golpe ha sido demasiado para mí.

—Y para cualquiera —reconocí—. Pero será mejor que no se quede sola.

—Dígame, John... ¿Qué es usted, policía? He visto que son muy amigos con ese capitán que ha venido...

—No, afortunadamente no soy polizante, aunque mi trabajo es parecido al de ellos... en ciertos aspectos. Soy investigador privado.

—¡Un detective!

—Ajá... Como esos que salen en el cine y que todo lo arreglan. ¿No ha visto esa clase de películas?

—Sí.

—Entonces ya lo sabe —dije, sonriendo—. Un héroe con una credencial y una pistola. Más listo que todos los policías del mundo y capaz de...

—No tiene por qué hablarme así, John —me atajó suavemente, con un intento de sonrisa—. No necesita distraerme. Sé lo que es un detective privado.

—Bueno. ¿Le molesta que fume?

—No... Deme un cigarrillo.

Se lo entregué ya encendido. Yo evitaba mirarla demasiado. Comenzaba a darme cuenta que mi papel allí era ridículo, aparte de que me ponía nervioso mostrándome sus hombros desnudos, el gran escote y lo demás.

Durante unos instantes fumamos en silencio. Después ella volvió

a su idea. Dijo:

—Si pudiera saber por qué lo ha hecho...

—¿Otra vez? No tiene que atormentarse con eso.

—Sí... Quiero saberlo.

Aspiró el humo hasta el fondo de sus pulmones, saboreándolo. Después lo expulsó lentamente y me miró.

—Usted puede averiguarlo —soltó de pronto, con voz más firme que hasta entonces.

Quedé helado.

—¿Yo? —dije estúpidamente.

—Usted es detective, ¿no? Si le encargo ese trabajo...

—Bueno, pero me gustaría saber qué es realmente lo que desea. Personalmente, creo que sería mejor para usted olvidar todo esto lo más pronto posible y...

—No quiero.

—Okey, chiquilla. Mañana hablaremos de todo esto.

—No soy ninguna niña, ¿comprende? Y sé muy bien lo que quiero. Papá era el hombre más bueno del mundo. Y el más alegre y animoso. Sea lo que sea que le ha empujado a hacer eso debe haber sido algo terrible. Quiero saberlo.

—¿Para qué?

—Porque si ha sido culpa de alguien determinado... Bueno, ya puede suponerlo.

—No me gusta —dije—. A los muertos hay que dejarlos en paz.

Sacudió la cabeza de un lado a otro, obstinadamente.

—Hay otra cosa —añadí—. Si va usted a casarse con ese Ros... Ros Korum, tendrá que contar con él también para sus decisiones.

—¿Para qué?

—Bien, si escarbo en este asunto puede levantarse una polvareda. Uno nunca —sabe lo que puede salir de un caso así... y tal vez a él no le guste esta perspectiva.

—El hará lo que yo desee... si quiere casarse conmigo.

La miré fijo. Había recobrado casi toda su entereza. El médico había tenido razón. Su carácter era tan firme como el que más.

—¿Estaba conforme su padre con esa boda?

—Naturalmente —afirmó—. Conocía a Ros desde hace años.

—Ya veo...

La habitación se había llenado de humo y fui a abrir la ventana.

Cuando regresé junto a ella, Alice murmuró:

—Quizá tenga usted razón.

—¿En qué?

—En lo de Ros... será mejor que no le digamos nada. No tiene por qué saberlo.

Me encogí de hombros antes de insistir:

—¿Está decidida a iniciar esta investigación?

—Sí, míster Burman.

—¿Ya volvemos a las andadas? Aunque trabaje para usted, mi nombre sigue siendo John.

Esta vez logró sonreír, aunque con cierta tristeza.

—Sí, John.

—Así está mejor. A partir de este momento usted es mi cliente. Sin embargo, insisto en que descanse esta noche. Mañana hablaremos de todo esto. Necesito saber muchas cosas de su padre para poder hacer algo positivo.

Estuvo a punto de insistir en su deseo de seguir hablando, pero acabó por claudicar.

—Está bien, usted gana —asintió—. Mañana por la mañana le esperaré.

—Ahora voy a llamar a una enfermera. No quiero que se quede sola esta noche.

Tampoco protestó esta vez, de manera que hice lo que le había dicho y regresé después al dormitorio para esperar la llegada de la mujer.

La muchacha murmuró:

—Le gusta salirse, con la suya, ¿verdad?

—No siempre.

—¿Es usted casado?

Me eché a reír.

—¿Cree que si tuviera una mujer esperándome en casa podría estar tanto tiempo con usted?

Sonrió otra vez. Era adorable cuando lo hacía.

—Me alegro —dijo.

Di un respingo.

—¿Sí?

—Sí. Así podrá dedicarme más tiempo.

—¿Y Ros, no cree que tendrá algo que decir a eso?

—Oh, él... Bueno, es distinto...

—Es usted una chiquilla, Alice. Me gustará trabajar para usted.

Encendí otro cigarrillo y tomé asiento en el alféizar de la ventana. Corría un poco de aire allí, de manera que ya no me moví hasta que llegó la enfermera. Entonces me despedí de Alice. Su mano era cálida y suave...

Di media vuelta y abandoné la habitación. Me dije que estaba portándome como un cadete. A mis treinta y tantos años y dejarme impresionar todavía por una muchacha semejante... casi una niña.

Estaba gruñendo maldiciones contra mí mismo cuando salí a la calle y atravesé por entre los grupos de curiosos que todavía quedaban allí.

CAPÍTULO III

Casi llegamos al mismo tiempo. Yo acababa de estacionar el coche, cuando delante de la casa frenó en seco el auto que utilizaba Paul cuando estaba de servicio, aunque bien es verdad que no llegó con su acostumbrado alboroto de sirenas y demás. Nos reunamos delante de la puerta.

—¿Te quedaste hasta muy tarde? —quiso saber, burlón.

—Pues no... el tiempo de llamar a una enfermera y largarme.

—Qué raro...

No explicó qué era lo raro. La puerta se abrió y la enfermera nos sonrió desde el umbral.

—¿Cómo está la muchacha? —pregunté, entrando.

—Duerme, aunque tuve que inyectarle un calmante para conseguirlo. Sería preferible que siguiera durmiendo un rato más...

—Esperaremos —decidió Paul.

Entramos en el saloncito y la enfermera desapareció. La puerta que comunicaba con el despacho donde había tenido lugar la tragedia estaba abierta, de manera que me metí allí y miré a mi alrededor. Una extraña sensación le invadía a uno al contemplar las estanterías llenas de libros. ¿Los habría leído ya el muerto? En todo caso, si no lo había hecho ya no disfrutaría de ellos.

Paul, detenido a mi lado, gruñó:

—¿De qué hablaste con ella después de marcharme yo?

—Oh, de nada en particular...

—¿No? Entonces me gustaría saber qué haces aquí esta mañana. No me digas que has venido a interesarte por su salud.

—No, es cierto. Estoy trabajando para esa chica.

Casi se quedó sin aliento.

—¡Por todos los santos! —exclamó, perplejo—. ¿Qué demonios

te has propuesto?

—Ella quiere que averigüe el motivo por el cual su padre se voló los sesos. Está muy impresionada por aquella nota que dejó en la máquina.

—¡Que me aspen!

No hice caso de su asombro y le pregunté come sin darle importancia a la cosa:

—¿Te fijaste en la posición de la nota, Paul?

Pude advertir su sobresalto.

—¿A qué te refieres?

—A cómo quedaba colocada la última letra.

—Ya veo... Pensé que no lo habías advertido.

—Así que también te diste cuenta. ¿Qué opinas de ello?

—No lo sé... tal vez el hombre hizo retroceder el carro un espació... o lo giró para poder leer cómodamente lo que había escrito y al volverlo a colocar en su sitio lo atrasó un espacio. Cualquiera sabe.

—Ni tú mismo crees lo que estás diciendo —afirmé—. Girando el carro no se retroceden espacios. La última letra estaba exactamente delante de la hendidura destinada a golpear la palanca. Si acabara de escribir la nota, la letra hubiera saltado automáticamente un espacio...

—Está bien —me interrumpió—: ¿Qué opinas tú?

—Que alguien sacó la nota y volvió a colocarla sin, fijarse mucho en cómo lo hacía.

—¿Por qué temían que sacarla? Y, lo más importante, ¿quién pudo hacer una cosa semejante?

—Regístrame. Pero hay algunos motivos para barbería sacado de la máquina. Uno de ellos sería haber borrado las huellas dactilares del papel. Cualquiera puede tener un descuido y tocar la hoja, recordándolo después. Entonces ese alguien pudo...

—No te dispaes. El papel contenía las huellas del muerto.

—¿Seguro?

—Naturalmente. ¿Crees que mis hombres son aprendices?

—Ya veo... quizá es que estoy haciéndome viejo.

—Eso debe ser. ¿Sabes si ese hombre era experto mecanógrafo?

—No lo sé. Tendremos, que preguntárselo a ella, aunque te aconsejo que hagas las preguntas sin alarmarla, ¿de acuerdo?

—Ya veo. Te has convertido en su paladín, ¿eh?

—Narices. Pero me paga para que trabaje para ella. Una de mis misiones es protegerla.

—Seguro, seguro, John, ya te conozco. La niña es un bombón, ¿eh?

—Tienes mente de perturbado sexual, Paul. En todas partes ves lo que tú piensas solamente.

—Sí, ya me he dado cuenta. Mi mujer también lo dice de vez en cuando.

—¿A qué viene tu pregunta sobre si Marcel Benson era un mecanógrafo experto?

—Porque la nota fue escrita por un tipo muy poco acostumbrado a escribir a máquina. La pulsación era extraordinariamente irregular. Aparte de que en las teclas había solamente las huellas de tres dedos, el índice de la mano derecha y el índice y corazón de la izquierda.

—¿En qué teclas?

—En las correspondientes a las letras de la nota... en las demás también, naturalmente, pero más revueltas. No es fácil identificarlas, pero...

—Ya veo... ¿Crees que se trata de un crimen?

—Personalmente opino que sí, aunque no voy a mencionarlo siquiera en la conversación con la muchacha. Y tú harás lo mismo; ni una palabra.

—De acuerdo.

Diez minutos después, la enfermera nos llamó y encontramos a Alice sentada en el lecho, pálida, con profundas ojeras y expresión de agotamiento. Pero se había repuesto lo suficiente para poder enfrentar la situación de cara.

Tras los saludos, y cuando Paul se disponía a iniciar el interrogatorio, le pregunté:

—¿No tiene noticias de su... de Ros?

—No... ¿Quiere llamarlo, por favor?

Acompañó la petición con una sonrisa. Sin embargo, ni esa sonrisa borró mi antipatía por aquel fulano.

De nuevo el teléfono estuvo sonando interminablemente, pero no obtuve respuesta.

Se lo dije a Alice, francamente contento, y ella se limitó a

comentar:

—Es muy extraño... tal vez ha salido de viaje a cualquier lugar cercano. Es vendedor, ¿sabe usted? Se desplaza con frecuencia.

—Comprendo.

Paul hizo un gesto obligándome a callar y empezó:

—¿Era un buen mecanógrafo su padre, señorita?

—Sí..., escribía muy rápido.

Sentí un tirón en mis nervios. Paul insistió:

—¿Escribía con todos los dedos, o solamente con uno o dos de cada mano?

—Con todos, claro. Ya le he dicho que escribía coa gran rapidez.

—Ya..., comprendo... Ahora dígame, *miss* Benson. ¿Qué negocios tenía su papá?

—Importación.

—Aclárelo, por favor.

—Viajaba continuamente por toda América del Sur Contrataba importaciones, ¿comprende? Una o dos firmas de aquí se hacían cargo de ellas en su nombre.

—Antes deirme me indicará usted cuáles eran esas firmas —dijo el policía, añadiendo al instante—: Sólo para comprobar unos datos, pura rutina... ¿Tenía algún socio?

—NO...

—Supongo que usted es su única heredera...

—Naturalmente. No hay ningún otro pariente.

—¿Sabe si tenía extendido testamento?

—No lo sé... nunca se me ocurrió preguntárselo... Tendré que ver a sus abogados. Ellos deben saberlo.

—Claro. Bien, perdóneme si remuevo su dolor con mis preguntas, pero no tengo otro remedio que cumplir con mi deber, ¿comprende?

Ella hizo un gesto ambiguo y me miró, pero no despegó los labios, por lo tanto Paul siguió adelante.

—Por lo que escribió en aquella nota, parece que algo le obligó a tomar su trágica determinación, más que nada para protegerla a usted. ¿Tiene alguna idea de lo que pudo ser esa razón tan importante?

—No... ¡No, Dios mío! Si pudiera saberlo...

—Está bien, cálmese... ¿Tenía enemigos?

Esta pregunta la obligó a levantar la cabeza y fijar su mirada en la ruda cara del capitán. Después murmuró:

—No; por lo menos si los tenía yo no los conozco. Papá era el hombre más bueno y cariñoso del mundo.

—No se lo discuto, pero tiene que haber sido algún enemigo quien lo puso en situación tan desesperada. ¿Se da cuenta del alcance que puede tener esto?

—Sí...

—¿Y no se le ocurre nadie?

—No...

—Últimamente..., estos últimos días, ¿se mostraba nervioso, o inquieto?

—No pude advertirlo. Claro que sólo llevaba aquí dos días esta vez... Había regresado de uno de sus viajes al Sur.

—¿Dos días antes de su muerte?

—Sí...

—¿Qué visitas recibió?

—Ninguna. Dijo que quería descansar unos días antes de anunciar su regreso. Cada vez que llegaba, invitaba a algunas amistades y daba una pequeña reunión..., pero esta vez llegó cansado y me indicó que mandaría las invitaciones al cabo de unos días.

—¿Lo había hecho así alguna otra vez?

—No, no, señor.

—Es extraño... ¿No puede aclararme algo más sobre los negocios de *Mr. Benson*?

—Lo siento..., no le gustaba hablar de negocios cuando estaba en casa. Decía que él venía a descansar y a... —Su rostro se contrajo en una mueca de dolor. Esperamos hasta que se hubo repuesto. Entonces dijo con voz que temblaba—: A quererme, según decía.

—Comprendo que esos recuerdos son dolorosos para usted, pero debe disculparme...

Yo estaba asombrado. Tanto que ni se me ocurría intervenir. Había visto a Paul en docenas de interrogatorios, pero jamás le había escuchado hacerlo con un tono tan amable, casi dulce, como el que empleaba con Alice. ¿Es que estaba haciéndose viejo, o escondía algo en la manga?

Prosiguió suavemente:

—¿Quién es ese hombre... Ros? Observo que usted está muy interesada en llamarlo.

La muchacha me miró rápidamente, ruborizándose un poco. Luego explicó:

—Se llama Ros Korum... es mi prometido.

—Comprendo. Me gustaría hablar con él...

—Encontrará su dirección y su teléfono en el listín que hay al lado del aparato.

—Yo te lo indicaré —intervine entonces—. ¿No crees que estás abusando de esta chica, Paul? Está agotada...

—Creo que ya he terminado —se apresuró a explicar—. Sólo me falta el nombre de esas dos Compañías y la dejaré tranquila, *miss Benson*...

Ella se los dio. Contemplé como los anotaba y luego le acompañé hasta el teléfono. Una vez allí le pregunté:

—¿Qué has sacado en limpio?

—Nada.

Anotó la dirección y el teléfono del tal Korum. Después cerró su libreta de notas y me miró.

—¿Qué piensas hacer tú? —quiso saber.

—No tengo la menor idea. Créeme si te digo que es la primera vez que no sé por dónde empezar un trabajo.

—Te creo. Sin embargo, si averiguas algo de interés no te olvides que yo también estoy trabajando en esto, ¿comprendido?

—*Okey*, siempre que estés a la recíproca.

Sonrió.

—¿Te he fallado alguna vez?

—¿Alguna? ¡Docenas de veces!

—Al diablo, embrollón. Ya nos veremos... voy a ver si le echo la vista encima al novio ese...

Se fue sin decir una palabra más.

Regresé junto a mi cliente. Nunca había tenido otro tan hermoso. Tampoco lo había encontrado nunca en la calle, o más exactamente, en un parque público. Aquélla era la primera vez.

—¿Se ha marchado ese policía? —quiso saber la muchacha.

—Sí.

—¿Por qué me ha preguntado todas esas cosas?

—Tiene que hacer preguntas, Alice. Es su manera de trabajar.

Tienen que quedar perfectamente convencidos de que se trata de un suicidio...

Se enderezó de golpe.

—¿Es que lo dudan? —saltó, inquieta.

—No, no, tranquilícese. Pero no pueden dar por bueno ningún detalle hasta haberlo comprobado.

—Si..., claro, tiene razón...

—Escuche, ¿tiene inconveniente en que de un vistazo por el despacho? Los papeles de su padre, los libros... todo lo que tiene allí.

—Ninguno, claro. ¿Qué espera encontrar?

—No lo sé, pero quizá salga alguna pista que nos aclare los motivos que tuvo para hacer lo que hizo.

—Sí, supongo que tiene usted razón. Haga lo que crea conveniente, John.

Sonreí. Era agradable escuchar mi nombre en sus labios.

—Usted siga descansando, pequeña —le dije como despedida.

La dejé en su cama y me encerré en el despacho.

Una hora más tarde había revuelto todo aquello sin encontrar nada de interés. Entonces volví al dormitorio, pero la enfermera me atajó:

—Se ha dormido otra vez, *Mr. Burman*...

—Oh, bien, no la molestaré. Voy a dar un vistazo por ahí...

Sometí al resto de habitaciones a un somero registro. Al fin, algo saltó ante mis ojos, aunque maldito si sabía entonces el interés que pudiera tener.

Fue en el dormitorio del muerto. Dentro del armario, entre una colección de trajes, había una cartera de mano, un portafolios de piel de gran precio. Dentro solamente, hallé con pasaje de avión expedido en Nassau y con destino a Miami, y un pequeño folleto de un hotel llamado *Jardín*, así, en español. Me guardé ambos papeles y devolví el portafolios a su sitio.

Regresé al despacho y me dejé caer en un sillón mientras intentaba encontrar algo a donde agarrarme para empezar. Excepto los dos papeles que descansaban en mi bolsillo no pude vislumbrar nada más.

Cuando la enfermera vino a decirme que Alice deseaba verme me sobresalté. Había quedado amodorrado con el calor.

Mientras me acompañaba hacia la habitación, la mujer me informó de que había avisado a una amiga suya, enfermera también, para que viniera a relevarla. Ella volvería por la noche.

—Excelente —dije—. Usted sabrá cómo cuidar de esa chica.

Alice se me antojó más hermosa que las otras veces. Se había peinado y un ligero color rosado iluminaba su cara de niña.

—¿Ha encontrado usted algo?

—Nada en absoluto —mentí—. ¿Sabe de dónde vine su padre esta última vez?

—No.

—Bueno, tendrá que darme el nombre de sus abogados. Al capitán se le ha olvidado, pero cuando le recuerde también querrá saberlo.

—Sí... Son «Hammonds y Clark», una firma muy importante...

—Conozco esa firma. Una última pregunta y la dejo tranquila, por lo menos durante unas horas. ¿Sabe si existe alguna póliza de seguro a su favor?

—No lo sé. Si existe, papá no me habló nunca de ella.

—Bueno, eso es todo por el momento.

Sujeté su mano entre las mías y la miré a los ojos.

—Esfuércese por no pensar en el pasado, Alice. Eso la ayudará a superar la crisis.

—Haré lo que usted dice...

—Hay aún otra cosa que deseo saber antes de lanzarme a esto, pequeña. Supóngase que en mis investigaciones averiguo algo que... en fin, que perjudique el buen nombre de su padre. ¿Tengo que seguir adelante?

—No encontrará nada deshonroso, John. Papá era el hombre más...

—Ya sé, ya sé; pero si he de hablar sinceramente con usted, Alice, hay algo en todo esto que no me gusta. Escúcheme —añadí, anticipándome a su ademán—: Su padre, según usted, se dedicaba a contratar importaciones. Sin embargo, no he encontrado en todo el despacho un solo papel, ni un documento, relativo a sus negocios. Comprenda que operaciones de importación sin documentaciones más que complicadas no existen.

Achicó los ojos, sorprendida. Pero se rehízo al instante.

—Las documentaciones deben estar en poder de las compañías

que se hacían cargo de esas operaciones.

—Tal vez..., pero sigo creyendo que él debería haber tenido también documentos de alguna clase... En fin, dejémoslo. La veré antes de la noche, Alice.

—Le esperaré.

Abandoné la lujosa casa, tomé el coche, cuya carrocería ardía a causa del sol, y conduje hacia el *Gables Building*, el edificio donde la firma «Hammonds y Clark» tenían sus oficinas.

Me recibió el socio llamado Clark, un hombre de aspecto aristocrático, impresionante. Me miró de arriba abajo, como valorándome. No debió gustarle mucho lo que veía, porque su voz no delató amabilidad alguna cuando preguntó:

—¿Qué puedo hacer por usted, *Mr. Burman*?

—Supongo que ha leído ya el periódico esta mañana...

—No leo los periódicos hasta por la tarde, cuando he terminado el trabajo. ¿Qué cree usted que debería haber leído en el periódico?

—El suicidio de su cliente Marcel Benson.

Pegó un brinco en su imponente sitio.

—¿*Mr. Benson*, muerto?

—Sí.

—¡Cielos! ¿Cómo no nos han avisado?

—Alice Benson estaba muy trastornada. Sin embargo, le aviso yo ahora. Trabajo para ella.

—¿Usted?

—Soy investigador privado, *Mr. Clark*. *Miss Benson* me ha contratado.

Tuve que contarle la razón por la cual lo había hecho, aunque sin dejarle entrever que había fundadas razones para pensar en un crimen. Cuando acabé murmuró:

—Comprendo perfectamente, *Mr. Burman*... ¿Qué desea usted de mí?

—Quiero conocer el contenido del testamento de *Mr. Benson*, ver si hay en él alguna disposición fuera de lo corriente que nos ponga sobre una buena pista. Existe una poderosa razón que ha empujado a ese hombre al suicidio. Y esa razón puede saltar donde uno menos pueda creer.

—Sé lo que quiere decir, pero... Bien, he conocido detectives privados que... bueno... no han respetado la ética profesional, no

han conservado el secreto de ciertas cosas y... Comprenda, *Mr. Burman*, no conozco nada de usted y...

—Déjese de rodeos. Llame por teléfono a Jefatura y pregunte por el capitán Madge. El podrá darle informes a satisfacción. Pero dese prisa o perderemos toda la mañana.

Lo hizo. ¡Y de qué manera! Era un tipo meticuloso hasta la desesperación. Casi podía creerse que después de colgar iba a pedir informes del informante, o sea, del capitán Madge...

—Perfectamente, *Mr. Burman* —decidió—. Estoy dispuesto a complacerle... Precisamente nuestro cliente estuvo aquí el día siguiente de su regreso a la ciudad.

Eso avivó mi interés.

—¿Qué quería?

—Me entregó un sobre lacrado para unirlo al testamento y se marchó. Eso fue todo.

—¿No le informó a usted del contenido del sobre?

—No. Tampoco se lo pregunté, naturalmente. Solamente me dijo que el sobre en cuestión debería ser entregado a su hija con la indicación de que ella tenía que cumplir lo que en él le indicaba.

—Bien, veamos el testamento, por favor.

Salió del despacho y cuando regresó traía una carpeta muy poco abultada.

—Es tan sencillo que no creo que encuentre usted nada en él. Alice Benson es nombrada heredera universal, sin otras cláusulas ni condiciones.

Tenía razón. Aquello no contenía nada de interés. Lo único que sé desprendía del documento era que los Benson tenían una fortuna más que regular.

Terminé con el testamento. El siguiente documento que apareció ante mis ojos fue la póliza de una Compañía de Seguros. Estaba extendida a nombre de Alice Benson por la suma de cien mil dólares. Había una cláusula en la que se especificaba que dicha suma sería pagada incluso si la muerte se producía por accidente, violencia física de cualquier clase, *excepto suicidio*. Algo helado culebreó por mi espalda produciéndome escalofríos. Tardé cierto tiempo en reaccionar.

—¿Conoce las cláusulas de esta póliza, míster Clark? —pregunté.

—No. Míster Benson trajo la póliza para depositarla aquí. La

contrató él personalmente...

—Ya veo... Bien, ¿y la carta?

Carraspeó, indeciso. Daba vueltas entre sus dedos al sobre lacrado. Aproveché para tomar nota del nombre de la Compañía de seguros.

Al fin dijo:

—No creo que debamos abrir esta carta sin la presencia de la interesada.

—Es una pérdida de tiempo. Ella tardará un día o dos en estar en condiciones de presentarse aquí.

—Lo siento... Aunque, si ella lo desea, podríamos ir a su casa y abrirla allí, delante de Alice.

—Es una idea... ¿Cuándo estaba usted dispuesto a desplazarse?

—Por la tarde a cualquier hora.

—De acuerdo, le telefonearé.

Guardó otra vez los papeles en la carpeta. Cuando me marché vi cómo entregaba el «*dossier*» a un empleado para que lo devolviera al archivo. El se guardó el sobre en el cajón de su mesa.

Ya en la calle, me entretuve unos instantes, aturdido por lo que representaba aquella póliza. Marcel Benson sabía perfectamente que si se suicidaba, su hija no cobraría jamás los cien mil dólares del seguro... Si alguna duda podía caber sobre la muerte de aquel hombre ahora quedaba desvanecida. Se trataba de un asesinato. Tenía que comunicárselo a Paul... aunque sólo fuera para tener algo con que presionarle si alguna vez necesitaba de él.

CAPÍTULO IV

—Bueno, eso disipa las dudas que pudieran caber —fue el comentario del capitán, cuando me hubo escuchado.

—¿Qué piensas hacer?

Me miró, indeciso.

—No sé cómo enfocar este asunto —confesó al fin—. Si declaramos públicamente que hemos descubierto que se trata de un asesinato, el asesino se pondrá en guardia y tomará precauciones. Pero hay que hacer algo positivo para que la Compañía aseguradora pague esa suma a la muchacha.

—¿Tanto te preocupa esa chica, viejo?

Sonrió.

—Llámallo como quieras —dijo—. Pero aborrezco cordialmente a esos buitres de los seguros.

—Ya veo. ¿Qué hay del novio?

—No he podido dar con él. Debe estar fuera de la ciudad. He dejado a un hombre en su casa para que me avise en cuanto llegue.

—Hay algo más, Paul... un sobre lacrado. Dudaba entre hablarte de él o no, pero creo que es mejor que lo sepas. Quizá en él esté la respuesta a todo esto.

Le detallé el asunto de que me había hablado el abogado. El escuchó con creciente interés y cuando callé refunfuñó:

—Tendré que hacerle una visita a ese picapleitos...

—Podrás ahorrarte el trabajo. Esta tarde abrirá el sobre en casa de Alice Benson. Si estás allí podrás enterarte del contenido.

Se disponía a replicar cuando el teléfono sonó. Estuvo escuchando unos instantes y luego preguntó:

—¿Qué tal tipo es?

Nueva escucha. Hasta que dijo:

—Está bien, no le diga de qué se trata. Salgo ahora mismo para allá.

Colgó el aparato y gruñó:

—El niño ha aparecido.

—¿Qué niño, de qué estás hablando?

—El novio... Ros Korum. Acaba de llegar a su casa.

Bajé con él y por el camino añadió:

—Según mi hombre, se trata de una especie de Apolo, uno de estos tipos a los que hay que tratar con guante blanco.

—Vaya...

No me gustó esta gomera descripción.

Empleamos su coche. Ésta es una de las ventajas de mantener buenas relaciones con la policía. Uno puede meter las narices en muchos sitios que de otra manera le costarían esfuerzo y tiempo extras.

Al llegar al elegante apartamento ocupado por el novio de Alice no tuve más remedio que reconocer que el policía había tenido razón. Ros Korum era una especie de astro de la pantalla en cuanto a su aspecto. Su estatura elevada, sus anchos hombros y delgada cintura le daban un aire de atleta. Como estaba en mangas de camisa no cabía maliciar que aquello era obra de su sastre. Sus músculos eran reales. También su rostro resultaba de la clase que impresiona a las mujeres. A regañadientes, me dije que era lógico que Alice se hubiera enamorado de semejante ejemplar.

Nos recibió con altiva frialdad. También en esto había acertado el agente que diera el informe por teléfono. El tipo se había sobrevalorado a sí mismo.

Paul le expuso brevemente el motivo de nuestra visita. Ros Korum le escuchó atentamente, sin proferir el menor comentario, aunque mostró en su rostro la impresión causada por la noticia.

Después siguió callado.

Paul, un tanto sorprendido por aquel silencio, me miró achicando los ojos.

Me encogí de hombros y encendí un cigarrillo, sin apartar la mirada del apuesto individuo. Uno habría esperado alguna frase de pena, de condolencia por la trágica muerte del hombre que iba a emparentar con él. Todo lo que dijo tras un prolongado silencio fue:

—Ahora tendré que ocuparme de esa niña...

Paul rechinó los dientes.

—Usted es su prometido, ¿no? —preguntó, tal vez con demasiada brusquedad.

—Sí... Sí, claro. Vamos a casarnos.

—En ese caso es lógico que se ocupe de ella. Bien, lo que me ha traído es aclarar algunas cosas. ¿Cuándo vio usted a míster Benson por última vez?

—Hace dos o tres meses... antes que saliera de viaje.

—Así no lo vio usted después de su regreso...

—No. Ni siquiera sabía que había vuelto. Encuentro muy extraño que no me fuera comunicado... Tendré que hablar de esto con Alice —terminó con un gruñido.

Decididamente, no me gustaba el tipo.

Paul continuó:

—Hábleme de los negocios de míster Benson.

—No puedo decirle nada en absoluto. No le gustaba hablar de sus negocios. Ni siquiera a mí —refunfuñó, como dando a entender que aquello era imperdonable.

—Está bien, dígame algo de los suyos, míster Korum.

Eso no le gustó nada. Miró a Paul con expresión furibunda antes de gruñir:

—¿Para qué necesita esto? Yo no me he suicidado.

Miré a Paul. Apretó las mandíbulas como un perro de presa y soltó secamente:

—No me importa si se suicida usted algún día o no. Quiero que me diga algo de su negocio, amigo, y cuando pregunto me gusta obtener respuestas. Si se me niegan empiezo a pensar que existe un motivo para negarme la colaboración y... bueno, puedo ser muy desagradable.

—No me impresiona, policía. Sé perfectamente cuáles son mis derechos. No tiene usted nada que hacer conmigo. No crea que puede tomarme por un palurdo cualquiera.

Paul se levantó de un salto.

—Okey, tipo listo —refunfuñó—: Hágame una relación de todos los lugares en que ha estado usted desde tres días atrás hasta este momento. Quiero todos los detalles, incluso la hora en que se acostó y con quién. Y lo quiero tan detallado que como falte un solo minuto por justificar le encerraré hasta que se pudra mientras

aprende otros modales. ¿Está bastante claro?

Korum abrió la boca. Palideció. Cerró otra vez la boca sin haber pronunciado una sola palabra, Al fin se levantó.

—No tiene usted derecho a...

La enorme manaza de Paul se apoyó en su pecho. Empujó. El Adonis se desplomó sobre su butaca como un muñeco de paja.

—Empiece a hablar —le ordenó el capitán—. Y le advierto también que todo cuanto diga será comprobado tan minuciosamente como no lo ha sido jamás coartada alguna... Y ahora, adelante, vomite de una vez.

Paul sacó su libreta de apuntes. Mientras el fulano estuvo hablando, con voz entrecortada por la furia contenida, el policía se limitó a escuchar sin pronunciar palabra, muy ocupado en anotar todo cuanto el otro le decía.

Según su declaración, se había limitado a un corto viaje hasta Tampa en avión, lugar donde había algunos clientes de la empresa para la cual trabajaba y a los que había visitado. En Tampa, según él, había observado una conducta en extremo morigerada, ejemplar.

—La policía de Tampa lo comprobará al detalle —le advirtió el policía, cerrando su cuaderno.

Korum estaba tan furioso que balbuceaba al hablar. Pero me pareció que había algo más que indignación en su actitud. Creí advertir el temor asomando a sus ojos cuando preguntó:

—¿Para qué todo esto? Si se trata de un suicidio no tiene ninguna necesidad de embrollar las cosas de esta manera. ¿Para qué le sirve toda esta mascarada?

—Aunque sólo me sirva para fastidiarle a usted daré el tiempo por bien empleado.

Paul giró sobre sus talones y se encaminó a la puerta sin otra despedida. Le seguía, dejando al atleta allí convertido en un poste.

Mi amigo estaba furioso, pero los efectos que su actitud habían causado en el bello ejemplar masculino, que quedaba allí dentro eran más que suficientes para dar por bien aprovechado el día.

—Te has sulfurado, compañero —le espeté a Paul cuando bajábamos las imponentes escaleras de mármol.

—Al diablo. Me ha sacado de mis casillas. ¡Condenado figurín!

Nos detuvimos en la acera para encender un cigarrillo. Al otro lado de la Avenida Collins se alzaba la imponente mole del «Hotel

Seville». El sol caía sobre nosotros como plomo derretido. Nos apartamos unos pasos buscando guarecernos a la sombra de un toldo multicolor. Nos quedamos unos instantes allí, fumando en silencio. El coche del policía estaba en el aparcamiento cercano. Sólo pensar en entrar dentro del vehículo me daba grima. Debía estar convertido en un horno al rojo.

—¿En qué estás pensando? —le pregunté a Paul irónicamente.

—En ese mequetrefe... me gustaría aplastarle esa hermosa nariz que posee.

—A mí también, viejo. Pero, eso es perder el tiempo. ¿Qué hay de esas dos Compañías que importaban lo que Benson contrataba en los países del Sur?

—Tengo a mis hombres trabajando en eso. He preferido mandarlos a ellos, en compañía de dos expertos en esta clase de negocios. Si hay algo sucio en esas Compañías ellos lo olerán a distancia. Yo no entiendo una palabra de... ¡Eh, fíjate!

La exclamación me sobresaltó. Seguí la dirección que me indicaba y así pude ver a Ros Korum salir disparado del edificio y andar apresuradamente hacia el paso de peatones de la Calle 29. Lo vimos cruzar la avenida y, sin titubeos, encaminarse hacia el inmenso hotel del otro lado, el *Seville*, en cuyo vestíbulo desapareció.

—¿Qué te parece eso, John? —Gruñó Paul.

—Tú veras... El caso es de asesinato. Y me gustaría una enormidad poderse lo cargar a ese maniquí. ¿Vamos a ver con quién se entrevista?

—Okey.

El formidable vestíbulo de hotel estaba convertido en un oasis de frío. Casi se estremecía uno con el aire helado que circulaba allí.

Nos acercamos al recepcionista. Su experta mirada nos calibró al instante. Arrugó la nariz.

Paul dijo:

—Quiero saber si se aloja aquí un fulano llamado Ros Korum.

Eso fue una bofetada para el pulcro empleado. Su expresión de desprecio se agudizó.

—¿Quién quiere saberlo? —Deletreó despacio, escupiéndolo cada palabra.

Paul se inclinó sobre el mostrador y le restregó su insignia por

las narices, casi doblándole la cara a un lado.

—Policía, almirante —gruñó—. Si quiere un buen escándalo para su apestoso hotel siga como hasta ahora. ¿Ha comprendido?

—Sí..., si, señor...

—Eso está mejor. Responda ahora a lo que le he preguntado.

—No..., no conozco a ningún míster Korum, señor... No se aloja en el hotel...

—Acaba de entrar hace apenas un minuto. Tiene que haber pasado por aquí.

—No se ha detenido a preguntar por ningún huésped, señor...

—Está bien, esperaremos.

Atravesamos el vestíbulo y ocupamos un par de cómodas butacas.

—Aunque sólo sea para aprovechar esta temperatura, vale la pena quedarse aquí un rato, ¿eh, Paul?

—Tengo mal día —gruñó—. Hasta un sucio empleado de hotel se cree con derecho a levantarme la voz... ¡Maldito sea!

Callé, limitándome a fumar. Al cabo de unos minutos quise saber.

—¿Qué piensas hacer cuando lo veas salir?

—Diablo, preguntarle claramente de dónde viene.

—No olvides que esto es Miami Beach... Puedes tener dificultades con el *sheriff* o el jefe de policía de aquí.

—Al diablo. Ya me las arreglaré. Espera a que le eche el guante a ese fulano.

—Estoy pensando en el coche... debe estar ardiendo. El chofer estará derretido cuando lleguemos allí.

—Para eso co...

Se interrumpió y levantó la cara. Delante de él estaba el agente que se había quedado en el coche.

—Hablando del diablo... —refunfuñó entre dientes—. ¿Qué sucede?

—Llamada de Jefatura, señor. Para usted.

—Vaya...

Se puso en pie. Yo dije:

—Me quedaré aquí. Si baja lo entretendré hasta que regreses.

—Perfecto.

Se alejó apresuradamente escoltado por el agente.

Estuve fumando el resto del cigarrillo y encendí otro sin que nuestro hombre hiciera acto de presencia. Estaba terminando el segundo cigarrillo cuando Paul regresó.

—Ya lo tenemos, John —dijo.

—¿Qué es lo que tenemos?

—La prueba de que se trata de un crimen. Los expertos han terminado el informe sobre las huellas dactilares. El que cometió ese crimen es idiota hasta la exageración. O estaba bajo los efectos de la impresión por el crimen y su mente no razonaba como es debido.

—Está bien, gran hombre, pisa el freno y explícalo con sentido común.

—Han estudiado las huellas dactilares del papel y de la máquina, para saber a qué dedos correspondían... Pues bien, para empezar, las del papel están al revés.

—¿Cómo que al revés?

—Las huellas correspondientes a los pulgares de ambas manos están en la *cara del papel*, no en el reverso. Trata de introducir una hoja de papel en una máquina de escribir, intentando al mismo que los pulgares se apoyen en la cara delantera, o sea, la que tiene que ir escrita, Ya me dirás lo que sucede.

—Que me hago un lío, claro. Eso no tiene duda.

—Hay más... en las teclas de las letras utilizadas para escribir la nota deberían haber varias impresiones de los dedos, por lo menos en las letras que se han empleado varias veces en el escrito... pues no, señor. Una hermosa huella en la mayoría.

—¡Atiza! ¿Todas las teclas están igual?

—No, hay que reconocer que aquí intentó hacer las cosas bien. En algunas parece que hay dos o tres, tal vez más. Pero en otras no hay más que una, ¿qué te parece?

—Debía estar enloquecido de miedo a causa de lo que acababa de hacer.

—Eso creo. Después de matar a Benson imprimió sus huellas en la hoja de papel, sin advertir que lo hacía al revés. Colocó la nota, la escribió utilizando tres dedos, llevó la máquina a la mesa escritorio e imprimió en las teclas las huellas de tres dedos del cadáver. Una asociación de ideas; él había utilizado sólo tres dedos y calculó que el muerto debía hacerlo igual... Cuando eche el

guante a ese tipo tendré que decirle algo sobre esto.

—Podrás felicitarlo. Te ha ayudado mucho, ¿eh?

—Falta encontrarlo todavía. ¿Por qué no aparecerá ese maldito figurín?

No apareció. Esperamos más de dos horas sin ver ni rastro de Ros Korum.

—¿Habrás salido por algún otro sitio? —aventuré, fastidiado por aquella pérdida de tiempo.

—Seguro. Estos malditos hoteles de gran lujo tienen salidas por docenas. O tal vez ha ido a reunirse con alguna amiguita y se ha olvidado del reloj.

—No me parece probable. Debería haberse puesto en contacto con su novia... Un momento —exclamé ante la idea que se me había ocurrido—. Si ha salido sin que nosotros lo viésemos, puede haber ido a casa de Alice... ¿Por qué no llamamos por teléfono?

—Es una idea. ¿A qué esperas?

Lo hice desde una cabina del vestíbulo. El corazón me dio un vuelco cuando reconocí la voz de Ros Korum al teléfono.

Sin embargo quise asegurarme y pregunté:

—¿Míster Korum?

—Sí. ¿Quién es usted?

Colgué sin responder. Contra toda lógica, estaba furioso ante el solo hecho de que el Adonis estaba en compañía de Alice.

—¿Qué hay? —Gruñó Paul.

—Está allí —dije de mal talante.

El capitán me miró con curiosidad. De repente se echó a reír estrepitosamente y articuló, entre carcajadas:

—¡Estás... celoso, maldita sea...! ¡Celoso!

—O te callas o te sacudo, viejo.

Se calló. Cuando me alejé rumbo a la calle.

—¡Eh, sin tantas prisas! —gritó, escandalizando nuevamente al empleado que había detrás del mostrador de recepción—. Vamos a aprovechar que estamos aquí para llamar a ese abogado... como se llame, para ver cómo queda el asunto del sobre lacrado.

—Es cierto...

Regresé a la cabina en compañía de Paul. Marqué el número del abogado, pedí hablar con él y esperé.

—¿Míster Burman? —preguntó el leguleyo.

—El mismo, míster Clark. ¿A qué hora podemos encontrarnos esta tarde para abrir ese sobre?

—Sí..., precisamente tengo aquí... ¡Eh! ¿Qué...?

Sonó un sordo golpe, un gemido espeluznante y la comunicación fue cortada en seco.

Comencé a golpear frenéticamente el aparato, mientras intentaba restablecer la comunicación a gritos.

No conseguí nada. Alarmado, Paul me sacudió por el brazo.

—¿Qué pasa? —farfulló—. ¿A qué viene toda esta excitación?

—Creo que han matado al abogado...

—¡No me digas estupideces...!

—Estaba hablando conmigo y de pronto ha gritado algo... después ha habido unos golpes y un sordo gemido... y han cortado la comunicación.

—¡No es posible! Vuelve a llamar. Tiene que haber algún empleado allí.

—Los hay. Están en una oficina exterior.

—Pues llama de nuevo.

Llamé otra vez. De nuevo, me respondió la voz femenina de la secretaria que yo ya había visto en la oficina. Ocupaba un descacho junto al de su jefe. Su voz era completamente normal cuando preguntó quién hablaba.

—Óigame —dije, nervioso—. Acabo de llamar hace unos minutos para hablar con míster Clark..., pero se ha cortado la comunicación. ¿Quiere ver qué le pasa a su jefe?

—¿Es usted míster Burman?

—Sí. Dese prisa.

—Un momento.

Sonó el golpe del auricular al ser depositado sobre la mesa. Esperé con todos los nervios de punta. Yo sabía que de la mesa de la secretaria hasta la puerta del despacho del abogado no había más allá de cuatro pasos... tenía que estar abriendo la puerta ya... ¿A qué esperaba...?

De pronto resonó un apagado chillido de mujer. Después nada.

—¡Condenación! —grité, soltando el teléfono—. ¡Vámonos, Paul!

Eché a correr seguido del policía. Se armó un buen alboroto en el vestíbulo cuando lo atravesamos como si nos persiguieran todos

los diablos del infierno, atropellando a los holgazanes que deambulaban de un lado a otro.

Paul me alcanzó cuando llegábamos al coche. Entré en él de un salto, jadeando, y le dije a borbotones al chofer a dónde debía dirigirse, añadiendo:

—¡Y hunda el acelerador hasta el fondo! Haga chillar la sirena también.

—Bueno, pero ¿qué demonios sucede? —barbotó Paul, bufando como un fuelle.

—La secretaria ha gritado también y después silencio. ¿Te parece poco?

Soltó un taco con todo su vozarrón. Después dijo:

—Me, parece mucho.

La sirena se elevó, aullando a través de las calles. Cerré los ojos. Nunca me ha gustado correr, y menos cuando uno ve que en cualquier esquina, puede convertirse en cadáver...

Pero, contra todas las probabilidades, llegamos delante del *Gables Building* sin haber convertido el coche en un montón de chatarra.

CAPÍTULO V

Encendí otro cigarrillo, me apoderé del sillón propiedad de la secretaria y coloqué los pies sobre la mesa de ésta. Seguí fumando sin dejar de pensar furiosamente en aquel nuevo y trágico giro que había dado el caso.

A mi alrededor, pero principalmente dentro de la oficina privada del desgraciado Clark, los expertos de la Brigada de Homicidios trabajaban a toda presión acuciados por el furioso Paul, que daba la sensación de estar en todas partes, frenético cual si acabara de morderle una serpiente de cascabel.

Su vozarrón resonaba en aquellas oficinas como un clarín de guerra, asustando a los pobres empleados que, aturdidos, contemplaban aquel desbarajuste desde un rincón.

Cuando Paul apareció procedente del interior de la oficina privada le pregunté:

—¿Cómo está esa chica?

—Bien... el médico la dejará en condiciones de hablar en unos pocos minutos. Sólo ha recibido un porrazo en la cresta...

—En todo caso, es una cresta muy bonita, viejo.

—Vete al infierno —refunfuñó—. Naturalmente, el sobre no aparece por ninguna parte —añadió enseguida, cambiando de tono.

—¿Esperabas encontrarlo después de lo sucedido?

—No me lo explico... ¿Por qué demonios lo habrán matado? Podían haberse apoderado del sobre y...

—No lo han matado a causa del sobre —afirmé, convencido. Y añadí—. El motivo de que le hayan clavado ese cuchillo no es otro que el haber telefoneado yo en aquel instante. Ya te he dicho cuáles han sido las últimas palabras del pobre Clark cuando estaba hablando conmigo.

—Ya veo... Supones que iba a pronunciar un nombre, el del fulano que estaba con él.

—Eso es.

Gruñó una sarta de maldiciones entre dientes. Durante unos instantes, sus ojos se clavaron en el grupo de empleados que seguían arrinconados cerca de la puerta.

—Y ninguno de esos mastuerzos conoce al visitante...

—Desde luego —dije, pensativo—, sea quien sea el criminal no hay duda de que tiene un valor escalofriante. Atravesar toda la oficina exterior después de cometer un asesinato y aporrear a la secretaria es algo inaudito. Además, según los empleados, los ha saludado muy amablemente.

—Sí, un fulano con nervio, muy distinto del que se cargó a Marcel Benson... Aquél perdió la serenidad.

—Mientras no se trate del mismo...

—Ni lo sueñes. Cada uno de esos dos crímenes lleva una especie de marca de fábrica, si es que entiendes lo que quiero decir. Éste ha sido cometido por alguien con unos nervios de acero, de reflejos centelleantes y seguros. El otro fue obra de un aficionado, cargado de miedo e incapaz de controlar sus impulsos y reacciones. Estoy seguro de lo que digo, John.

—Está bien, pero eso no nos aclara nada.

Le ofrecí un cigarrillo y yo encendí también otro. Estaba fumando como una chimenea y sentía la garganta seca, como recubierta de papel de lija. Necesitaba un trago cuanto antes, pero no había manera de largarse de allí hasta que la secretaria fuese interrogada.

Eso sucedió casi un cuarto de hora más tarde. Era una muchacha de unos veinticinco años, de estatura mediana y cuerpo bien formado. Tenía ojos inteligentes, aunque en semejantes circunstancias aparecían apagados y rodeados de círculos amoratados. Podía clasificarse como una belleza.

El médico dijo, al separarse de ella para marcharse:

—No abusen de la muchacha, no está en condiciones de hablar mucho.

Paul asintió con un gesto y esperó a que ella temara asiento antes de iniciar el interrogatorio. Yo me limité a bajar los pies de la mesa y escuchar.

La primera pregunta fue:

—¿Había visto al visitante de míster Clark con anterioridad, *miss*...?

—Kolster... Elsa Kolster —aclaró ella—. No, señor. Nunca había estado en esta oficina.

—¿Seguro?

—Completamente. Ni un solo visitante entra en el despacho de... de míster Clark sin que yo lo vea.

—Bien, ¿qué nombre le dio para hacerse anunciar?

—Dijo que se llamaba Lang, míster Lang. Con ese nombre lo hice pasar.

—Seguro de que era falso... Dígame, ¿lo reconocería sin lugar a dudas si volviese a verlo?

—Con toda seguridad.

—Menos mal... —Antes, mientras esperábamos al doctor, usted ha intentado explicar lo ocurrido, pero ha perdido el conocimiento antes de terminar. ¿Se siente con fuerzas para hacerlo ahora?

—Sí..., me siento bien.

—Okey, *miss* Kolster. La escucho.

—Cuando míster Burman me ha llamado por segunda vez —y me miró tratando de esbozar una sonrisa—, he dejado el auricular del teléfono sobre la mesa y he llamado a la puerta de míster Clark..., alguien ha dicho «pasé usted», aunque no era la voz de él, del jefe. Bueno, he abierto la puerta y no creo que haya podido dar más de un paso. Míster Clark estaba caído sobre la mesa, con la cara vuelta a un lado. Tenía un cuchillo o un estilete clavado en la nuca... entonces he gritado y en el mismo instante algo me ha golpeado en la cabeza. Ese hombre debía estar a un lado de la puerta, pero ni siquiera he podido verlo ya que mis ojos parecían clavados en la horrible escena que...

Se estremeció, cubriéndose la cara con las manos. Comenzó a sollozar quedamente, sin estridencias. Paul carraspeó antes de decir:

—Está bien, cálmese, muchacha... comprendo sus sentimientos. Creo que será mejor que se marche a casa y descanse.

—Sí..., sí, gracias.

Se levantó dificultosamente, pero no llegó a dar ni un paso. Paul pegó un respingo y la sujetó por el brazo, obligándola a sentarse otra vez.

—¡Un momento! —exclamó el policía—. Estoy pensando que... Sí, será mejor que espere un poco. No se mueva de aquí.

Miré a mi viejo camarada de otros tiempos. Estaba pálido y su mirada brillaba a causa del cansancio y la excitación. Creí comprender qué clase de idea se le había ocurrido.

El también me miró.

—¿Te das cuenta de lo que pienso? —refunfuñó, señalando a la postrada muchacha.

—Sí, creo que sí.

—Será mejor llevarla a un lugar seguro y ponerle a un par de hombres como escolta. Es nuestro mejor testigo...

Ella levantó la cabeza, asustada. Paul añadió:

—Compréndalo, *miss* Kolster. Usted puede identificar al criminal. Cuando él lo comprenda puede intentar cualquier cosa para librarse de la amenaza que usted representa para él.

—¿Cree que... que intentará matarme?

—Tal vez. Pero no le daremos esa oportunidad. Estará usted custodiada día y noche hasta que tengamos a ese bastardo entre rejas.

Eso no la convenció del todo... La palidez en sus mejillas aumentó, pero no intentó protestar.

Paul llamó a uno de los empleados que nos miraban a distancia.

—Eche un vistazo al archivo a ver si está allí el testamento de Marcel Benson. Si lo encuentra tráigalo.

El hombre se marchó con pasos vacilantes. Poco después reapareció trayendo el «*dossier*» que yo conocía. ¿Por qué al viejo Clark no se le habría ocurrido guardar allí el sobre lacrado?

—Bien, decididamente solo quería el sobre —refunfuñó Paul, dando un ligero vistazo a los papeles y devolviendo la carpeta al empleado.

Me levanté. Ya tenía bastante.

—Me largo —dije—. Te llamaré más tarde a la oficina, Paul.

—¿Qué vas a hacer tú entretanto?

—Quiero hablar con Alice Benson. Supongo que el Adonis estará con ella. ¿Quieres que te lo mande?

—¡Naturalmente! Me gustará hacerle sudar un poco.

—De todas formas, no podrás endosarle el crimen, Paul, y tú lo sabes. Después de lo que ha sucedido aquí...

—Ya lo sé, ya lo sé —refunfuñó, impaciente— pero quiero apretarle las clavijas aunque sólo sea para darle una lección. Veremos con quién se ha entrevistado en el *Seville*. ¿No te gustaría a ti que hubiese una fulanita por en medio, hurón?

—Sí, puedes apostar a que me gustaría —dije con una sonrisa.

—Ya lo imaginaba. Alice Benson es un bombón.

—Eso ya lo dijiste en otra ocasión.

Abandoné la oficina de los abogados y tomé rumbo al domicilio de Alice con la mente sumergida en un caos. El sol convertía el coche en un horno, de manera que cuando lo abandoné di un suspiro de alivio.

Afortunadamente para mí, Ros Korum no estaba en la casa cuando llegué. Había allí una enfermera de cara caballuna a la que no conocía, y a la que tuve que presentarme para que me permitiera entrar.

Alice estaba levantada y me recibió en una salita de la parte trasera de la casa. El corazón me dio un vuelco al verla de nuevo. ¡Qué hermosa era! Se había arreglado y peinado cuidadosamente. El traje negro estilizaba todavía más su delicada figura agudizando su aspecto de niña.

—Siéntese, John, y dígame qué ha estado haciendo.

—Ir de un lado a otro...

Saqué el paquete de cigarrillos y le ofrecí uno como excusa para fumar yo también. Después dije como al desgaire:

—¿Ha visto a Ros Korum?

—Sí, ha estado aquí.

—Se ha marchado muy pronto, ¿no le parece? Opino que no debería dejarla tan sola...

—Oh, no tiene importancia. Ha recibido una llamada telefónica de la empresa para la cual trabaja y ha tenido que salir. De todas formas ya me encuentro bien...

Guardé silencio durante unos segundos. Dudaba entre hablarle del crimen o esperar a que recibiera la noticia directamente de Paul. Finalmente decidí tirar por la calle de en medio. No podía perder tiempo si quería obtener algún resultado antes que la policía me pisara al terreno.

—No parece usted muy satisfecho, John —comentó ella.

—No lo estoy en absoluto, Alice. La verdad es tengo algo muy

grave que decirle. Algo para lo cual usted debe estar preparada...

—¡John!

—Lo siento, Alice, créame que lamento tener que decírselo. Pero su padre no se suicidó.

La comprensión tardó unos segundos en penetrar en su cerebro. Cuando se dio cuenta del alcance de mi afirmación se irguió, tensa y con los ojos desorbitados.

—¡John! ¿Cree... cree que fue...?

—Asesinado.

—¡No, Dios mío, no...!

—Es cierto, Alice. Tenemos pruebas suficientes para afirmarlo. Sin embargo, voy a decirle algo... Desde mi punto de vista, es preferible que haya ocurrido así. Es un fin mucho más digno para él, ¿no se da cuenta? Un suicidio siempre equivale a una cobardía... a la renuncia de toda hombría. En cambio, así...

No me dejó terminar. Alargó las manos y las cerró alrededor de las mías como garfios. No lloró, sino que su mirada estaba fija y brillante, helada.

—¿No me miente, John?

—No, pequeña.

—¿Y... y el culpable?

—La policía está trabajando ahora en el caso. Darán con él, no se preocupe. No es un tipo muy listo después de todo. Ha dejado muchos rastros.

Siguió con sus manos engarfiadas en las mías, mirándome con las pupilas contraídas.

—Ahora más que nunca quiero saber qué hay detrás de ese crimen, John... sea lo que sea.

—Está bien, haré lo que pueda. ¿Sabe su novio que estoy trabajando para usted?

—No.

—Perfecto. ¿Le ha dicho dónde había estado estos días pasados?

—Sí, en Tampa. ¿Por qué?

—Simple curiosidad.

De pronto me sorprendió vivamente al exclamar:

—Lo presentía, John. Creo que inconscientemente, aun sin darme exacta cuenta de ello, siempre he dudado de que papá se..., bueno, de que se hubiera matado.

—¿Por qué?

—Porque le conocía muy bien. Era el tipo de hombre más opuesto al suicida.

—Está bien, pequeña. Hay otras cosas más importantes de que hablar ahora. Vamos a ver, ¿acostumbraba a escribir él desde los países que visitaba?

—Sí, con bastante regularidad.

—¿También durante este último viaje?

—Sí, claro.

—¿Dónde guarda las cartas, Alice?

—En mi habitación, pero no son cartas sino postales. Le gustaba mandarme diferentes vistas de los lugares que él conocía.

—Perfectamente. ¿Quiere traerlas, por favor? Sólo las de este último viaje.

Se levantó y se fue. Permanecí quieto, pensando, hasta que regresó. Traía un buen fajo de postales multicolores. Las examiné una a una. Todas habían sido remitidas desde Colombia.

Se las devolví.

—¿Está segura que no falta ninguna?

—Completamente segura. Las conservo todas. Podría mostrarle una cantidad fantástica.

—No es necesario que las saque todas. Mire usted misma de qué países son.

—Será mejor que venga conmigo, John.

Entramos en su dormitorio. Ella había dicho la verdad. Tenía un cajón de su cómoda dedicado exclusivamente a guardar las postales enviadas por su padre. Mientras yo las examinaba rápidamente explicó:

—A veces las mirábamos juntos..., papá y yo... y él iba contándome cosas de esos países, de los lugares que le recordaba cada una de estas postales...

—No se atormente, Alice. Daremos con el canalla que lo hizo.

Comprobé que había postales de casi todos los países del otro lado del río Grande, pero dominaban las de Colombia. Ésas eran las más numerosas, como dando a entender que el principal país que él visitaba era ése precisamente. Comencé a darle vueltas al asunto, porque allí no había una sola postal de Nassau.

¿Por qué no había escrito a su hija desde aquella isla?

—¿Le habló su padre de un viaje a Nassau?

—¿Nassau? No... ¿Cuándo estuvo allí?

—Exactamente antes de llegar a Miami esta última vez.

Sorprendida, no encontró ninguna explicación a eso. Devolví las últimas postales al cajón y lo cerré. Los dos regresamos a la salita.

—El vino en avión desde Nassau tres días antes de su muerte. Sin embargo, usted me dijo que llevaba solamente dos a su lado. ¿Es así, Alice?

—Sí..., no comprendo dónde pudo pasar ese primer día de su vuelta. Nunca había hecho algo semejante...

—Eso es algo que usted sabe, sin embargo tampoco tiene mucha importancia las otras veces. Pero esta última sí... Algo estuvo haciendo en Nassau, algo importante y secreto desde el momento en que no lo comunicó ni a usted. ¿No se le ocurre nada?

Estaba aturdida. Sacudió la cabeza de un lado a otro, pero no habló.

Vi que había aguantado el golpe con más entereza de la que yo había supuesto que tendría, de manera que decidí ponerla al corriente también de lo sucedido con el abogado y el misterioso sobre lacrado que había desaparecido.

Traté de hablar con normalidad, escuetamente. También eso lo encajó con cierta serenidad, aunque palideció intensamente.

—No diga nada ahora —dije, cuando ya lo supo todo—. Estamos envueltos en un drama endiablado. Es censo cuando se arroja una piedra al centro de un lago. Los círculos que provoca va extendiéndose más y más hasta llegar a la orilla y entonces mueren. En nuestro caso, lo peor es esperar la llegada a esa orilla...

—No le comprendo.

—No tenemos otra cosa que hacer más que esperar a que la policía capture al criminal, o criminales, cualquiera sabe. Cuando se les capture será el fin del círculo, sin embargo no sabemos lo que ese círculo podrá arrastrar todavía hasta que se termine con él.

—¿Quiere... quiere decir más crímenes?

—¿Cómo puedo saberlo? Algo muy importante debía contener ese sobre cuando han matado para apoderarse de él. Según me dijo míster Clark, tenía instrucciones concretas de indicarle a usted que debía cumplir exactamente lo que en aquellos papeles había dispuesto su padre.

—Temo que ahora nunca lo sabremos...

—Tal Vez sí...

Una idea estaba dándome vueltas en la mente. Mas era algo tan descabellado que apenas si me atrevía a proponérselo a la muchacha.

No obstante, me decidí al fin.

Dije:

—Al punto a que hemos llegado, Alice, mi papel puede decirse que ha terminado. Todo el asunto ha pasado a manos de la policía y ellos se encargarán de echarle el guante al culpable. Entonces, cuando eso suceda, usted sabrá también por qué han sucedido las cosas. Después de todo —añadí con una sonrisa—, su padre no escribió aquella nota, de manera que nada debe inquietarla a este respeto.

—¿No quiere trabajar para mí, John?

—No se trata de eso. Pero seguir adelante en estas condiciones sería una estafa por mi parte. A menos que...

—¿Sí, John? Siga..., ¿qué iba a decir?

—Tengo la idea de qué el nudo de la cuestión está en Nassau. Esa misteriosa estancia de su padre en la isla debió estar motivada por algo importante... de lo contrario no lo hubiera mantenido en secreto.

Irguió la cabeza y escrutó mi cara. Un brillo de interés apareció en sus ojos.

—¿Cree que el secreto de estos crímenes está en la isla de Nassau? —preguntó con voz contenida.

—No me atrevería a afirmar tanto, pero tengo la idea de que allí hay por lo menos lo que ha motivado la muerte de su padre.

—Si eso fuese cierto...

Esperé. ¡Qué bonita era! No me cansaba de mirarla. De pronto, mi mente saltó evocando a Ros Korum y todo se fue al diablo. Mi antipatía por el figurín crecía de manera alarmante. No valía el que me dijera a mí mismo que ella era casi una niña a mi lado. Nada podía borrar de mí la impresión que me causaba Alice Benson, y cuanto más la miraba más me gustaba...

—Está bien, John. Tengo dinero de sobra para hacer ese viaje.

Casi pegué un salto.

—¿He de entender que quiere que siga adelante, Alice?

—Sí.

Su voz era decidida. Estuve tentado de abrazarla. Sólo el temor de echarlo todo a rodar me contuvo.

—¿Está decidida a financiar esta aventura, muchacha? —insistí. No quería que después surgieran dudas, así es que añadí—: Tenga en cuenta que no tenemos la seguridad de que mi viaje a la isla de el resultado que esperamos. Sé, o creo saber cuál es el hotel en que se alojó su padre en Nasau. Aparte de esto, y de que estuvo allí, no tenemos nada más en que basamos.

—Quiero apurar todas las posibilidades. Iremos a Nassau.

Esta vez sí que pegué un brinco que me dejó plantado ante ella como un poste.

—¿Ha dicho usted iremos, niña?

—Sí.

—¡Ah, no! De eso no quiero hablar. Puede haber riesgo si mi idea es acertada. Ya ha visto que esos tipos no se andan por las ramas. Matan con la misma facilidad con que usted se toma un helado de fresa y...

—No me gustan los helados de fresa —me interrumpió, sonriendo.

—Mire, yo...

—¿Quién paga —la expedición? No olvide que usted está trabajando para mí.

—No plantee así el asunto, Alice. Ningún contrato me ata a usted, de manera que...

—Iremos a Nassau —repitió obstinadamente—. Ya debería haber comprendido que sé tomar mis propias decisiones. Es más, yo iré a esa isla, venga usted conmigo o no. ¿Qué decide?

Estaba atrapado. Había, lanzado un anzuelo y el atrapado en él era yo mismo. Sin embargo, todavía me quedaba un argumento.

—¿No piensa usted en su novio? Cuando se entere de que usted emprende un viaje en compañía de un hombre saltará hasta el techo.

—Que salte. Empiezo a ver a Ros a través de un prisma distinto desde que ha muerto papá.

Algo cálido me recorrió el cuerpo de arriba abajo. ¿Qué demonios me estaba sucediendo?

—Bien, ¿qué decide? —me apremió.

—Okey, pequeña, usted gana. Pero presiento que el apuesto Ros nos traerá complicaciones.

—¿Le teme usted?

—¡No diga tonterías! No se trata de eso. Pero no olvide que iremos en busca de algo problemático... y peligroso. Sólo nos faltaría que su enamorado nos creara dificultades.

—No sabrá que vamos a Nassau... no le diré a dónde me dirijo. El solo sabrá que he salido de la ciudad porque necesito descanso...

—Bueno, eso es asunto suyo.

—Saldremos tan pronto se haya celebrado el oficio fúnebre de papá. Puede ir preparándolo todo.

—De acuerdo, Alice. Empiezo a pensar que ese viaje puede resultar algo muy agradable.

—Yo estoy segura.

O estaba burlándose de mí o yo era el más grande idiota de la creación.

Me despedí de ella sintiéndome como un chiquillo al que le han prometido una excursión a las montañas en premio a su buena conducta. Y mientras me dirigía en busca del coche iba pensando en el salto que pegaría Paul en cuanto lo supiera...

CAPÍTULO VI

Tanto como saltar no puedo decir que lo hiciera, pero sí se quedó sin habla, mirándome estupefacto.

Cuando recobró la voz refunfuñó:

—Considero eso como una estafa a esa muchacha, John. ¿Qué esperas encontrar en Nassau, aparte de pasarte unas vacaciones al lado de la chica?

—Marcel Benson estuvo allí antes de regresar a Miami. El tenía la costumbre de inundar de postales a su hija desde cualquier lugar que visitara... excepto desde Nassau. Tampoco mencionó su estancia en la isla... lo conservó en secreto, incluso para su hija. ¿Para qué tanto misterio? Me gustaría que vieses la colección de postales que ella posee. No hay ni una de Nassau entre toda la colección, lo que indica que Benson jamás estuvo antes allí, o si estuvo lo mantuvo igualmente secreto. ¿Por qué?

—Que me registren. Pero emprender ese viaje solamente con esa base para operar me parece absurdo.

—Llámallo corazonada si quieres.

—¿Corazonada? Yo lo llamaría de otra manera andando tú por en medio.

—Bueno, después de todo no eres tú quien tiene que ir a la isla. Ahora hálame del caso. ¿Qué hay de esas dos Compañías importadoras?

—Nada por ese lado. Son perfectamente legales, con beneficios declarados, impuestos al día y todo al corriente. Mis hombres han hecho un buen trabajo. Aunque sólo hay una Compañía dedicada a la importación. La otra es más bien una oficina de trámite, una de esas organizaciones que se encargan de contratar las descargas de mercancías en los muelles por cuenta precisamente de los

importadores. Tiene contratos de exclusiva con distintas Compañías, y entre ellas está la de Benson.

—Ya veo... no parece que avancemos mucho, ¿eh, Paul?

—En absoluto. ¿Le has hablado a esa chica de lo ocurrido al abogado?

—Sí. No tiene ni la más remota idea de qué podía contener el sobre lacrado.

—Te aseguro, John, que esta vez estoy desconcertado. No veo un solo cabo al que agarrarme. Todo parece normal, sin tacha... y ya han muerto dos hombres. No te ocultaré que había cifrado algunas esperanzas en estas Compañías. Olía a contrabando, ¿comprendes? Drogas tal vez. Y resulta que son dos empresas honestas y legales. ¿Estaré perdiendo facultades?

—Pregúntaselo a tu jefe —le espeté, levantándome.

—Espera. ¿Qué me dices del figurín?

—Ya no estaba allí cuando llegué. De todas formas, no puedes cargarle el muerto... por lo menos, cuando ha muerto Clark estaba en casa de Alice Benson.

—Pero pudo matar al viejo y simular el suicidio...

—Estos dos crímenes están estrechamente ligados entre sí, Paul. ¿Por qué supones que hay dos asesinos en lugar de uno solo?

—Porque son dos crímenes distintos, tanto en método como en técnica. Ya te he hablado de esto y sé que estoy en lo cierto. Yo no he descartado al Adonis todavía. Solamente espero la comprobación de su coartada, que he pedido a la policía de Tampa. Como encuentre lo más mínimo por donde fastidiarlo vas a ver.

—Me gustará verlo, naturalmente.

—¿A dónde vas ahora?

—A encargar los pasajes para el avión. Saldremos dentro de dos días.

—Espero que en esos dos días tengamos más suerte que hasta ahora...

Cerró la puerta de su oficina y abandoné después el edificio policíaco. Una extraña alegría me invadía produciéndome una absurda euforia. ¡Valiente idiota!

La compañía aérea reservó los dos pasajes para el primer vuelo de la mañana. Un asunto solucionado.

Verdaderamente, ése fue el único que solucioné en todo lo que

quedaba de día. Después de esto entré en un restaurante, cené sin mucho apetito y poco más tarde me encaminé a mi apartamento. Tenía que preparar el equipaje, ver si mi pasaporte estaba en regla...

Realmente, lo que estaba deseando era encontrarme a solas, tumbado en la cama cara al techo fumando cigarrillos, y pensar en Alice sin estorbos de ninguna clase. Hasta ese extremo de estupidez había llegado, después de años y años de sortear esa clase de tropiezos amorosos, contentándome con toda una serie de aventuras más o menos permanentes y una larga lista de números de teléfono.

«Estás caducado», me reproché mentalmente.

Di la vuelta a la esquina. Mi apartamento estaba a la vista.

Entonces estalló todo.

Ni siquiera tuve tiempo de comprenderlo. Una pistola bramó en alguna parte y mi cabeza explotó en una brillante llamarada roja. Después la llamarada se desmenuzó en millares de fuegos fatuos y ya no me enteré de nada más.

Imagino que morir debe ser algo semejante. Un vacío inmenso en que ninguna partícula del cuerpo humano experimenta la más mínima sensación. Sólo una inmensidad negra sin límites ni fronteras, un abismo sin fondo en el que uno se sumerge en el instante en que todo acaba.

Sí embargo, comprendí que no estaba muerto cuando escuché una voz que aullaba histéricamente. Luego, un silbato se unió a esa voz y entre una cosa y otra armaron tal estrépito que, incluso estando muerto, me hubieran despertado.

Sin embargo no conseguía entender lo que estaban diciendo. Tenía la desconcertante sensación de que yo era un espectador desinteresado de algo que no tenía importancia. Tal vez hablaban un idioma que yo no comprendía...

Poco a poco, fui penetrando en un mundo más humano. Por lo menos comencé a sentir que mi piel todavía era sensible al frío y al calor, porque sobre mi cara se deslizaba algo cálido y agradable. ¿Qué demonios era aquello?

Después la cosa ya no fue tan agradable. El dolor estalló en mi cabeza como una descarga eléctrica. La descarga se extendió rápidamente y creo que grité, o por lo menos deseé hacerlo.

Alguien dijo:

—¡Santo Dios, todavía Vive!

Otro metió baza:

—¡Pronto, llamen a un médico!

Una gran sensación, de alivio me invadió al comprender aquellas frases. Si podía oírías y entenderlas no estaba tan mal después de todo.

El dolor era insoportable. Entonces una sirena berreó, acercándose, y no me hizo ningún bien. Vibró dentro de mi cráneo, desmenuzándolo en partículas de dolor lacerante. Llegó un instante en que no pude soportarlo y entonces la sirena enmudeció entre un chillido de neumáticos castigados.

Intenté ver qué estaba sucediendo, pero por más que me esforcé no conseguí nada. Me asusté. Sabía que mis ojos estaban abiertos, pero algo me impedía ver. Comencé a pensar si me habría quedado ciego... la bala debía haber interesado el nervio óptico... había leído esas cosas en varias ocasiones. Eso era... ¡Ciego!

Si hubiese podido me habría echado a llorar. Mejor hubiera sido morir...

—¡Vamos, apártense, dejen paso!

Me zarandearon, me sentí flotar y una corriente de fuego, atravesó mi cerebro, paralizándolo. De nuevo entré en la fúnebre región de las sombras.

Cuando de nuevo experimenté la sensación de estar vivo todo había cambiado. Estaba tendido y todo a mi alrededor era blanco y suavemente iluminado. ¡Podía ver! ¡Ver otra vez!

—¿Cómo se siente?

Era una enfermera quien me había hecho la pregunta.

Intenté responder, pero no encontré voz suficiente para hacerlo. Ella añadió:

—No se mueva, míster Burman... todo va bien...

—Mis ojos... —conseguí articular.

Una expresión de alarma asomó a su cara cuando se inclinó vivamente sobre mí.

—¿Qué siente en los ojos? —preguntó suavemente.

—Ahora nada..., pero antes..., antes no podía ver...

Sonrió con alivio.

—No se preocupe —explicó—. La sangre le había cegado...

—¡Oh, comprendo...!

—Descanse. No es nada grave.

—¿Seguro?

Se rió.

—Claro que sí. La bala le ha levantado el cuero cabelludo, pero no ha llegado a lesionarle seriamente el cráneo. Ha tenido usted una suerte loca, míster Burman.

—Sí —refunfuñé—. Soy un tipo muy afortunado...

Me dejó solo. Cerré los ojos. No sentía ningún dolor, sólo una inmensa lasitud, como si estuviera envuelto en algodón y me gustara estarlo, sin tratar de moverme, ni pensar...

Creo que me quedé dormido, porque cuando de nuevo abrí los ojos me encontré con la cara de Paul inclinada sobre mí.

—Hola —dije—. No has podido librarte de mí, ¿eh?

—Idiota. ¿Cómo ha sucedido?

—No lo sé. Para no saberlo, ni siquiera he visto desde dónde han disparado.

—Lo han hecho desde un coche. Estaba detenido muy cerca de donde has caído. Tenemos testigos del atentado.

—¿Han visto también a los ocupantes del coche?

—No.

—Entonces no nos sirven de nada.

—No seas aguafiestas. Tenemos el número de matrícula del auto.

—¿Crees que te servirá de algo? El coche sería robado, seguro.

—Tengo la idea de que estás equivocado, compañero. Se habían tomado la molestia de ensuciar la matrícula con barro.

—¿Y cómo han podido leer el número?

—Porque había una luz muy cercana, y porque el barro debía estar muy seco cuando lo han aplicado y se había desprendido a trozos. No te preocupes, encontraremos el coche.

—Bueno.

—¿Quién crees que lo ha hecho, John?

—¡Cuernos! ¿Cómo quieres que lo sepa? Imagino que el asesino de Benson... o el de Clark, vete a saber. Cualquiera de los dos puede haber llegado a la conclusión de que sé algo que puede ponerlo a él en peligro.

—¿Qué puedes saber tú que no sepamos los demás que intervenimos en el caso?

—Regístrate... Además, condenado, estás abusando de un hombre en inferioridad de condiciones. Temo que mi cerebro se ha declarado en huelga...

—¿No te sientes bien?

—Me encuentro peor de lo que crees.

—Pues hablas con mucha seguridad...

—Pregúntale al médico de guardia cuándo podré salir de aquí. Eso es lo que me interesa.

—Ya veo...

—Escucha, Paul; ¿has encontrado a Ros Korum?

—Te obsesiona ese fulano, ¿eh?

—Seguro... trata de enterarte de dónde estaba en el momento en que me han baleado a mí...

—¿Crees que ha sido él?

—Puede haberlo hecho.

—Sí... y a ti te gustaría que fuera él, ¿eh? Así te librabas de tu competidor en el corazón de Alice...

—Tienes toda la razón.

—Ahora vuelvo.

Salió disparado de la habitación. No comprendía cómo no experimentaba dolor alguno. Sólo una molestia en la cabeza, pero nada de dolor. ¿Me habrían inyectado morfina o algo semejante?

Paul regresó unos minutos después, anunciando, satisfecho:

—He lanzado a mis hombres tras las huellas de ese tipejo. Me tiene intrigado, aunque por distintos motivos que a ti.

Alguien empujó la puerta y entró. Era el médico que me había atendido. Su cara sonriente le daba aspecto de vendedor de aspiradoras.

—Bien, bien —exclamó—. Veo que ha reaccionado perfectamente.

—Sí, doctor. ¿Cuándo podré salir de aquí?

—¿Tanta prisa tiene? Sería preferible que permaneciera un par de días en completo reposo...

—Nada de un par de días. Tengo billetes para tomar un avión, y antes de emprender el vuelo he de solucionar algunas cosas. ¿Cree que voy a abandonar todo esto por un rasguño en la cabeza?

—Es algo, más que un rasguño, aunque no reviste gravedad... En fin, mi deber es retenerle aquí dos días. Si usted quiere

abandonar el hospital antes de ese tiempo será bajo su exclusiva responsabilidad.

—Okey, doctor. Saldré esta misma noche.

—Es un gran error, míster Burman...

—En todo caso es un error mío... ¿Quiere pedir que me traigan las ropas?

La sonrisa se había borrado de su rostro. El hombre estaba ofendido, pero yo tenía algo que hacer.

Abandonó la habitación, seguido por la divertida mirada del capitán.

—¿Qué te propones hacer ahora, John? —inquirió.

—Voy a lanzarme tras ese Ros Korum, aparte de que me interesa comprobar también algo en esa Compañía importadora.

Eso le interesó instantáneamente.

—¿Qué te interesa de esa gente?

—Quiero ver si Benson contrató importaciones en Nassau... A propósito, ¿qué se puede importar de esa isla?

—No tengo idea —refunfuñó, encogiéndose de hombros.

—También me interesa ver qué importaciones ha contratado cada vez que ha viajado hasta Colombia... cosa que ha hecho con mucha frecuencia a juzgar por sus tarjetas postales.

—¿Y eso para qué?

—Bueno... no pasa de ser una idea, Paul...

—De vez en cuando, muy de tarde en tarde, sueles tener ideas afortunadas. Veamos ésta.

—¿Dónde se encuentran las esmeraldas en cantidades industriales, Paul?

Parpadeó. Luego, cuando comprendió a dónde dirigía mis tiros, pegó un brinco y exclamó:

—¡Colombia, naturalmente!

—Ajá...

—¡Contrabando de esmeraldas! ¿Es eso lo que quieres dar a entender?

—Sí.

—¡Por todos los...!

No acabó. Se abrió la puerta y la misma enfermera de antes entró con mis ropas manchadas de sangre. Comentó, mientras las depositaba sobre una silla:

—Creo que llamará usted la atención, míster Burman... Hay sangre por todas partes.

—Está bien, aquí no tengo otras, así que...

Volvió a salir silenciosamente. Paul estaba excitado ante la idea que le había brindado, de manera que me ayudó incluso a vestirme para poder largarnos antes.

—Apuesto a que estás en lo cierto —dijo, cuando penetramos en su coche—. Lo que resultará difícil será probarlo. Esa Compañía parece completamente legal.

—Ya veremos.

—¿A dónde quieres que te lleve?

—Tú me acompañarás. Vamos a hacerle una visita a nuestro Adonis.

Le gustó la perspectiva, pero podíamos habernos ahorrado el trabajo y el viaje hasta Miami Beach. Ros Korum no estaba en casa, y, según nos informó el conserje del edificio, no le había visto en todo el día.

—¿Se habrá metido en el Seville? —Gruñó el policía, una vez fuera del edificio.

—Cualquiera sabe... Tal vez esté en casa de su novia.

No me gustó la idea. Él lo notó y a pesar de estar metido en el trabajo no dejó pasar la ocasión de reírse de mí.

—Podemos ir allá ahora, John, y asegurarnos...

—Ríete todo lo que quieras, pero si crees que voy a presentarme en casa de Alice hecho un mapa estás loco. Tengo que cambiarme de ropa... y tampoco me gusta el parche que llevo en la cabeza.

Todo lo que hizo fue reírse. En su coche regresamos a la ciudad.

—Te llevaré a casa —dijo—. Necesitas descansar, John. Tienes tiempo suficiente de moverte mañana.

—Bueno.

No hizo más comentarios hasta que detuvo el coche. Entonces dijo:

—¿Quieres que ponga a algunos de mis hombres por estos alrededores? El asesino puede intentarlo otra vez.

—No quiero guardaespaldas. De ahora en adelante estaré alerta. No me pillaré desprevenido.

—Mira, muchacho. Si ese fulano cree que tiene que terminar contigo lo hará de una manera o de otra. Sería mejor que...

—Olvidalo. Cuando sepas de la coartada de Korum llámame.

—Voy a verlo ahora. En todo caso, telefonaré desde mi despacho.

Esperé a que se alejara y entré en casa. Cuando me miré al espejo me asusté. Mi rostro era el de un cadáver, pálido y ojeroso, demacrado. La camisa y el traje estaban acartonados con la sangre seca. Todo un espantajo.

Me di un baño procurando no mojarme el gran parche que campeaba a un lado de mi cabeza. Después busqué el *whisky* y le aticé a la botella un trago capaz de reanimar a un acorazado y me encontré dispuesta a reanudar el trabajo.

Sin embargo, había que hacerlo de otra manera de ahora en adelante, de modo que saqué la automática del cajón, la limpié y cargué cuidadosamente y me la metí en el bolsillo trasero del pantalón. La funda estaba en la oficina y malditas las ganas que tenía de trasladarme a ella en aquellos momentos.

CAPÍTULO VII

—Dos días perdidos —refunfuñé, dejándome caer en la silla.

Paul levantó la cabeza.

—Ya te dije que éste era un caso desconcertante. Cuando crees tener un cabo al que agarrarte, ¡plaf!, se esfuma y te quedas en el aire. ¿Cuándo emprendes el viaje?

—Mañana por la mañana. ¿Nada de Korum?

—En absoluto. El tipo se ha esfumado.

—No me gusta...

—Ni a mí, puedes jurarlo. Creo que podemos ya endosarle el asesinato del viejo Benson. ¿Qué dice la muchacha?

—Está desconcertada. El no se despidió de ella ni, le dio a entender que pensara ausentarse. Pero sigue decidida a acompañarme a Nassau.

—Bueno, quizá después de todo estés en lo cierto y el nudo de la cuestión esté allí. A propósito, hurón... te he hecho un favor.

—¡No me digas!

—He estado hablando con tu enamorada respecto a Ros Korum.

Pegué un respingo.

—¿Qué demonios has hecho?

—Le he dirigido algunas simples preguntas, sólo para dar ambiente a la cosa. Después le he, revelado que el viaje de negocios de su Apolo de pega era una fábula... ahora ya sabe que él no estuvo en Tampa, y que existe esa rubia oxigenada por en medio. No le ha gustado mucho todo esto.

—¿Quién te mandaba a ti meterte en esto?

—¿Somos amigos o no? Además, yo necesitaba saber si ella estaba enterada de la existencia de esa amante del apuesto Korum... la mujer que le saca los cuartos tan alegremente.

—Ya veo...

—Tendrías que estarme agradecido.

—Sí, ya lo supongo... En fin, te nombraré padrino de boda... si hay boda.

Se echó a reír. Sentí tentaciones de aplastarle la nariz, pero en aquel instante llamaron a la puerta y entró uno de sus hombres.

—Bueno, capitán —anunció—, hemos hecho el ridículo.

—Eso parece ser lo normal en este condenado caso —gruñó Paul—. ¿Todo está en regla en esa Compañía?

—Por completo, señor. Hemos revisado todos los libros, comprobantes, órdenes de embarque y de pago... en fin, todo lo que había que ver. Incluso hemos presionado a —los Bancos para saber el exacto estado financiero de la sociedad... Todo inútil. Al terminar, los directivos estaban hablando de plantear una demanda contra el departamento de policía.

—Bueno, redacte el informe y pásemelo.

El hombre salió. Paul barbotó:

—¿Te das cuenta? Hasta la idea del contrabando de esmeraldas se nos va al agua. Todo es legal en la Compañía para la que trabajaba Benson. También es cierto que él contrataba importaciones de distintos productos que la Compañía hacía el resto...

Nada dije. Realmente, yo tampoco entendía nada de todo aquello.

Me levanté, inquieto, y encendí un cigarrillo mientras daba unos pasos de un lado a otro. Paul me contempló en silencio y al cabo de tinos minutos gruñó:

—Tengo a todos los hombres disponibles trabajando en la búsqueda de Korum... si no tienes nada que hacer hoy, sólo esperar el avión de mañana, podrías moverte un poco en ese sentido... Tú conoces a nuestro hombre y...

—Está bien, lo haré. De todas formas ya tengo el equipaje a punto...

Me marché echando chispas.

El resto del día lo pasé corriendo de un lado a otro como una rata envenenada, buscando un rastro que nos permitiera echarle el guante al apuesto y escurridizo atleta.

Perdí lastimosamente el tiempo, de manera que cuando llegué a

casa de Alice, ya de noche, mi humor no rayaba precisamente a gran altura.

—¿No ha sabido nada de su novio? —le espeté, después de saludarla.

—No.

—¡Maldito sea...!

—¡John! —me reprochó.

—Okey, okey, niña, no le gusta que jure... de acuerdo. Pero ese tipo me saca de quicio. O está huyendo o...

—¿Cree que él...?

No acabó, pero no hacía falta.

—Hasta ahora es quien más encaja en el papel de culpable. Creo que el capitán Madge ha hablado con usted respecto a Ros, ¿no es cierto?

—Sí. Me ha trazado un buen retrato de mi ex novio.

Tuve que hacer un esfuerzo para contenerme.

—¿Ex novio? —repetí, asombrado.

—Eso he dicho.

No supe qué replicar, pero ella debió notar la satisfacción que me causaba su revelación, toda vez que sonrió con picardía y susurró:

—La verdad es que no estaba muy entusiasmada con él...

—No sabe cuánto me alegro.

—¿Sí?

Todo me empujaba hacia ella, a estrecharla entre mis brazos, a besarla y hacerle olvidar todo lo sucedido mientras nuestras vidas se fundían en una sola...

No hice nada. Me limité a tragar saliva y tras una vacilación dije:

—Supongo que lo tiene todo preparado para mañana, Alice.

—Sí, ¿y usted?

—También.

—Bueno... entonces...

—Voy a dejarla que descanse.

—Sí, John...

La encontré entre mis brazos sin saber cómo había venido a parar a ellos. No supe si era ella quien se había acercado a mí o a la inversa, el caso es que la estreché frenéticamente, mientras nuestros

labios se estrujaban unos contra otros, ardientes y abrasadores cual un incendio.

Así pasó un tiempo que me pareció corto. Ella se apartó un poco y sus ojos brillantes se clavaron en los míos mientras suspiraba:

—Lo sabía...

—¿Qué es lo que sabías?

—Que me besarías... y que lo harías así...

—¿Cómo?

—Como un salvaje.

Le hice otra demostración de salvajismo poniendo todo mi empeño en que mi actuación fuese convincente.

Lo fue.

Jadeante, Alice se apartó lo suficiente para escapar de mis labios.

—Vete ahora, querido...

—Alice...

—Vete —repitió dulcemente—. Toda la noche gozaré con el recuerdo de tus besos. No estropeemos esto tan hermoso.

—Pero Alice...

—Es pronto, Joh... demasiado pronto. Papá...

Eso fue suficiente para devolverme a la realidad. Volví a tocar de pies al suelo de golpe y porrazo.

—Tienes razón, cariño. Buenas noches.

—¿Vendrás a buscarme?

—Pasaré a por ti. Que descanses.

Aún la besé una vez más. Después de esto me encontré en la calle igual que flotando en una nube. Así que eso era el amor, ¿eh? Comenzaba a creer que había estado perdiendo el tiempo durante todos esos años pasados sin nadie como Alice a mi lado.

Aquella resultó una noche de insomnio. El primer insomnio que experimentaba a causa de una mujer.

El gigantesco reactor se acercaba a su destino hendiendo las espesas nubes de las alturas a que volaba. Debajo de las nubes debía brillar el mar con reflejos de plata, pero volando a semejante altura el panorama no tenía nada de divertido.

—¿Falta mucho, John? —murmuró Alice.

Giré la cabeza para verla. Si es que era posible, me parecía más hermosa que las anteriores veces.

—No lo sé —dije—. ¿Cansada?

—No.

El avión comenzó a perder altura, dejamos las nubes sobre nuestras cabezas y el mar centelleó allá abajo como una joya. Las islas se extendían en aquella inmensidad como perezosos lagartos verdes. El corto viaje tocaba a su fin.

Tras un aterrizaje un tanto brusco, tal vez debido a que las pistas no eran muy adecuadas para aquel tipo de aviones, nos encontramos sobre tierra firme, mostrando los pasaportes, examinados tan a la ligera que igual podíamos haberles mostrado una libreta de notas, y sumergidos casi al instante entre los vociferantes nativos que inundaban los alrededores.

Todos tenían algo que ofrecer. El trabajo era para esquivarlos.

Tras algunos esfuerzos, negativas, empujones y alguna que otra maldición, conseguimos capturar un taxi libre.

—Al hotel Jardín —le ordené al taxista, un morenazo gigantesco con una dentadura digna de un anuncio.

—Estupendo, patrón —exclamó.

El coche pegó un salto, rugió, petardeó con el escape libre, y salió lanzado a una Velocidad escalofriante.

Me puso los pelos de punta al internarse después por las calles. Claro que los demás conducían más o menos igual, pero uno se preguntaba cómo demonios no se aplastaban todos ellos en una montaña de chatarra.

El chofer volvió la cabeza, sonriendo con toda su inmensa boca.

—Luna de miel, ¿eh? —dijo, satisfecho de su perspicacia.

Alice se echó a reír. Yo repliqué:

—Acertado a la primera. ¡Qué pupilas, amigo!

—¡Bah, la experiencia!

Siguió, volviendo la cabeza y poniéndome los pelos de punta.

Cuando se detuvo no pude evitar un suspiro de alivio. El hotel no era precisamente un palacio, pero resultaba alegre y acogedor, con su jardín frontero que había que atravesar para llegar a la puerta.

El negro cargó con nuestro equipaje como si se tratara de una pluma y nos precedió hasta la recepción. Allí le pagué, añadí un dólar, Dios sabe por qué, y él me Informó como despedida:

—Si quiere dar una vuelta y conocer la ciudad no tiene más que

llamarme... Jack Jackes, ése soy yo. Cualquiera le dirá dónde encontrarme...

—Estupendo, amigo. Lo recordaré.

Bajó la voz y giró los ojos como un tiovivo.

—¡Los lugares que puedo mostrarle, madre mía! —exclamó.

—Bueno.

—El «Palladium»... el... Pero a usted le gustaría el «Tropicana». ¡Madre mía, el «Tropicana»! —terminó, casi en éxtasis.

—Está bien, iremos al «Tropicana» —le prometí para quitármelo de encima.

Se marchó al fin, satisfecho.

Detrás del mostrador de recepción había una mujer de unos cincuenta años, con tipo de matrona y rostro de luna llena. Era mestiza y también mostraba una dentadura chispeante.

Nos soltó un discurso de bienvenida, nos informó de las comodidades que nos ofrecía su hotel, y acabó por pasarnos el libro registro.

Firmé con mi nombre y me inscribí como turista. Luego pasé el libro a Alice, que rellenó a su vez la hoja correspondiente.

Eso desconcertó a la matrona.

—¿Dos habitaciones? —preguntó, incrédula.

—Sí.

—¡Oh, yo creí que...!

Se encogió de hombros y calló. Alice le devolvió el libro y ella llamó a un botones, un chico de unos catorce años, negro como un carbón y también sonriente como anuncio de dentífrico.

Cuando nos alejábamos hacia las escaleras siguiendo al botones, la mujer sé entretuvo leyendo lo que habíamos escrito. De pronto exclamó:

—¡Alice Benson!

Nos volvimos en redondo.

—¿Qué pasa con ella? —pregunté, acercándome otra vez a la matrona.

La vi vacilar. Sus grandes ojos rodeados de finas arrugas vagaron de un lado a otro, como si no supiera a dónde mirar, y finalmente balbuceó:

—Ha sido una confusión... Había creído que... Perdonen...

—¿Qué clase de confusión? —insistí—. ¿Conoció acaso a alguien que llevaba ese nombre?

—No, no... Perdonen —repitió.

Pensé insistir, pero allí estaba el botones, esperándonos. Y en cualquier instante podía entrar algún otro huésped. Ya quedaba tiempo de aclarar aquello.

Di media vuelta y subimos las escaleras en procesión.

Las habitaciones eran vecinas, una al lado de la otra. Una puerta cerrada con llave las comunicaba. Esperé a perder de vista al botones antes de hablar.

—¿Qué te ha parecido la exclamación de la encargada? —dije en voz baja.

—Ella conocía el nombre de Benson, estoy segura.

—Claro. Tu padre se había alojado en este hotel. Veremos si la suerte nos acompaña.

La ayudé a instalarse y después lo hice yo. Anochece cuando terminamos. Tras una corta discusión decidimos salir a dar una vuelta por la ciudad antes de emprender ningún trabajo, de manera que salimos a la calle y anduvimos despacio, mirándolo todo, en busca de un lugar típico donde cenar.

Estábamos terminando de hacerlo una hora más tarde cuando a ella se le ocurrió:

—¿Recuerdas el local de que hablaba el taxista?

—Sí, el «Tropicana»...

—¿Vamos a ver qué es eso?

—Bueno, pero tendremos que preguntar dónde está.

—¿Por qué no llamas al negro? El dijo que podíamos hacerlo si necesitábamos un buen guía.

—Ajá. Y que nos rompa el cuello con su maldita manera de conducir.

—Todos lo hacen igual aquí.

—Está bien, buscaré al moreno. No tengo complejos raciales.

Salimos fuera y al primer taxista que hallé estacionado junto a la acera le pregunté por Jack Jackes.

—¿Quiere que venga a buscarles él? —preguntó el hombre.

—Sí, si no nos obliga a esperar excesivamente.

—Cinco minutos.

Salió a escape hacia una tienda para llamar por teléfono.

Diez minutos más tarde el negrazo detuvo el coche con un aullido de llantas quemadas y nos abrió la portezuela, riendo como un chiquillo.

—Suban, patrón... ya pensaba que me llamarían...

—Queremos ver ese «Tropicana»...

—Lo mejor de lo mejor —aseguró.

Lanzó el coche calle abajo como si tratara de ganar una carrera. Después se lió a dar vueltas por unas callejuelas en las que apenas quedaba espacio a ambos lados del vehículo, y finalmente se detuvo en una plazoleta alumbrada por cuatro faroles de la época de la colonización. A un lado, un pequeño letrero de «neón» anunciaba el «Tropicana». Debajo del letrero se abría una estrecha puerta fabricada con gruesas cañas de bambú. Estaba cerrada.

—¿No será demasiado, pronto? —dije.

—¡Oh, no! Empujen la puerta. Cuando salgan me encontrarán en el bar o aquí, en el coche. Búsquenme, ¿eh?

Entramos después de empujar la liviana puerta. Un salón diminuto contenía un guardarropía, más diminuto todavía. Una arcada cubierta por una cortina separaba aquello del interior. Voces apagadas llegaban hasta nosotros.

La muchacha del guardarropía nos señaló aquella cortina. La levanté y nos encontramos sumergidos en un ambiente extraño, casi irreal.

Aquello estaba al aire libre. Gruesas palmeras crecían alrededor del patio o jardín, y la vegetación entre las palmeras era lujuriente, aunque perfectamente cuidada. Las mesas estaban distribuidas entre las palmeras y la vegetación. En el centro de todo ello quedaba una reducida pista de cemento. No se veía la orquesta por ninguna parte, pero su música nos llegaba claramente, aunque difuminada de tal manera que uno se preguntaba dónde diablos estaban colocados los músicos.

El camarero que acudió a recibirnos nos guió hasta un rincón tan en sombras como el resto del local. La iluminación estaba magníficamente distribuida, de manera que alumbraba lo justo para no tropezar con los demás y poder llegar al sitio de uno, aunque sin descuidarse, ya que, apenas si se distinguía nada a ras del suelo. Sólo en lo alto, entre las palmeras y la vegetación, las luces dejaban ver su resplandor. Todo ello muy discreto.

—Parece que estemos en plena selva —comentó Alice en voz baja.

—Sólo falta que todo lo demás corresponda al salvajismo de la decoración...

Algunas parejas salieron a bailar. Nosotros permanecemos sentados, esperando las bebidas.

Cuando llegaron nos entregamos a saborearlas. Desde luego, eran exóticas, pero deliciosas.

De pronto, la música cesó y se hizo un silencio total. De ese silencio emergió un suave

Tam-tam

que inició un ritmo sincopado y lento, pero que fue creciendo paulatinamente. Un segundo

Tam-tam

se unió al primero, y un tercero y luego un cuarto, y entre ellos fueron animándose hasta adquirir un ritmo enervante, salvaje y arrollador. Nadie sabía de dónde surgía el retumbar de los tambores. Era como si estuviese en cada partícula del aire, en cada fibra de la vegetación, formando parte de la naturaleza... y entraba dentro de uno como una bebida explosiva y turbadora. Obligaba aun sin quererlo a llevar aquel ritmo con todo el cuerpo, arrebatadoramente.

Y fue aumentando de compás, más rápido, más loco y absorbente hasta producir casi una turbación física.

Estaba llegando a su cénit cuando surgieron cuatro muchachas mulatas. Saltaron sobre la pista como caídas del cielo y en él mismo instante sus cuerpos fueron arrebatados por el retumbar sensual y loco de los tambores. Se entregaron a él de tal manera que sus cuerpos parecían fundirse con la música, abrasarse con ella, entregados al frenesí delirante de la danza salvaje y ancestral que estaban desarrollando.

Eran como llamas vivas, oscilantes. Se retorcían, siempre dentro del ritmo, y jadeaban, y cerraban los ojos igual que si las dominara un éxtasis de placer.

Se cubrían con un corpiño de tela floreada y un corto pantalón transparente que les llegaba sobre la rodilla, apretado a la pierna como una segunda piel. Nada impedía su total entrega al baile, y sus movimientos gráciles y locos al mismo tiempo se agudizaban

por instantes, cual si estuviesen entregadas a un ritual africano, salvaje y primitivo surgido de lo más profundo de la selva.

Y se apoderaban de uno. Mi sangre latía locamente en las venas, golpeándome en las sienes casi dolorosamente. Mis pies pugnaban por seguir el ritmo, cosa que resultaba completamente imposible. Aquello era algo que había que llevarlo en la sangre a través de generaciones para lograr semejante entrega total y completa.

En un momento determinado miré a Alice. Estaba absorta, totalmente arrebatada por aquella extraña locura que se había desatado en la pista. Sus ojos relucían como estrellas. Tenía los labios entreabiertos, anhelantes, y respiraba agitadamente. A ella también le había entrado aquello en la sangre.

De pronto, cuando ya parecía que ni los músicos ni las danzarinas podían conseguir mayor altura en su actuación, aparecieron los cuatro negros que batían los largos tambores, que llevaban sujetos a la cintura con anchas tiras de cuero. Los cuatro rodearon a las muchachas como si quisieran aprisionarlas entre ellos, y el ritmo creció y creció, más rápido, más lacerante, y los negros danzaron con frenesí y la contagiosa locura de aquellas figuras que se retorcían, gemían casi dolorosamente y se provocaban unas a otras como debían haberlo hecho mil años antes sus antepasados de la selva misteriosa y ancestral, se contagió al público invisible. Voces excitadas se elevaron, siguiendo con tonos agudos la frenética melopea. Y de pronto, inesperadamente, algunas mujeres saltaron a la pista procedentes de las mesas. Eran criollas, mulatas de sangre tan ardiente como los que estaban agotándose con aquella locura...

Sentí en las mías las manos de Alice, cálidas y temblorosas. La miré.

—John... —suspiró.

—Es... es terrible...

La encontré entre mis brazos sin darme cuenta. Nos besamos. Como si fuera alejándose lentamente, el ritmo infernal de los tambores decreció, se hizo más lento, pero nosotros apenas nos dimos cuenta, totalmente arrebatados por otra clase de locura.

Cuando separé los labios y pude mirar dentro de los hermosos ojos de Alice el ritmo había cesado y un extraño silencio, tan intenso que casi hacía daño, había caído sobre nosotros.

—Te quiero —susurré.

—Bésame, amor, bésame...

La obedecí. Nos parecía estar flotando en un mundo irreal, un mundo del que no deseábamos despertar...

CAPÍTULO VIII

Creo que fuimos los últimos en abandonar el «Tropicana». La plazoleta estaba desierta y el negro dormía con la cabeza apoyada en el volante del coche.

—¡Eh, Jack! —exclamé.

Levantó la cabeza.

—¿Les ha gustado? —quiso saber, orgulloso.

—¡Magnífico, amigo! Nunca había visto nada Semejante...

—Ya les decía yo que... ¿A dónde vamos ahora?

—Al hotel, Jack... es ya muy tarde.

—Qué pena... Con lo que queda por ver todavía...

—Hay otros días todavía, amigo.

Abrí la portezuela para que Alice se acomodase en el coche. Y en aquel instante se desencadenó la batalla.

Todavía no he comprendido ahora, de dónde surgieron, pero cuatro o cinco sombras se precipitaron contra nosotros procedentes de puntos distintos. No pronunciaron ni una palabra, ni una exclamación. Sin embargo, no necesitaban pregonar verbalmente sus propósitos, ya que el acero de los cuchillos destellaba en sus manos produciendo escalofríos.

Jack los vio cuando ya estaban casi sobre nosotros. Soltó una maldición y saltó fuera del coche, al mismo tiempo que gritaba:

—¡Cuidado, patrón!

Esquivé una cuchillada de abajo arriba que de haberme acertado me habría abierto en canal. Pude propinar un golpe con el canto de la mano y el tipo que se me echaba encima rebotó contra la carrocería.

Alice, dentro del coche, chilló histéricamente. Uno de los agresores tenía medio cuerpo introducido ya cuando Jack le echó

las manos encima, sacándolo a rastras. Lo levantó en vilo con sus enormes brazos, soltó un gruñido y lo estrelló de cara contra los puntiagudos pedruscos que recubrían la plazoleta. El fulano quedó inmóvil sin soltar ni un gemido.

Pero ya el que yo había golpeado había dado la vuelta y de nuevo su cuchillo me buscaba traidoramente.

Jack rugió:

—¡Chacales...!

Ocupado en esquivar el cuchillo de mi atacante no me preocupé del negro. Podía defenderse perfectamente.

Yo buscaba una oportunidad de sacudirle duro al desconocido criminal, cuya navaja oscilaba traidoramente ante mí. Podía haber empleado la automática que llevaba encima, pero no me convenía llamar la atención de la policía todavía. A menos que las cosas se pusieran desesperadas...

Y de pronto se pusieron peor que mal. Escuché un golpe sordo, un gemido, y cuando quise ver qué demonios era aquello vi a Jack como rodaba por el suelo. Uno de sus enemigos le había golpeado por la espalda con un corto palo.

Entonces eché mano a la pistola. Ya eran dos contra mí, porque el tercero se había esfumado.

El primer disparo alcanzó a uno de los atacantes en alguna parte vital, porque giró sobre sí mismo sin una sola exclamación, y quedó inmóvil en el suelo igual que un fardo. El otro se detuvo un instante y luego retrocedió hacia el coche.

Disparé contra él, pero tratando de acertarle donde yo quería. El tipo aulló de dolor y cayó, revolcándose furiosamente sin dejar de gritar.

Me precipité sobre Jack, que estaba sacudiendo la cabeza, aturdido.

—¡Vamos, arriba! —dije, ayudándole a levantarse.

—¡Esos hijos de una cerda...! ¡Traidores! —soltó a borbotones, furioso como un toro.

—Tenemos que largarnos de aquí, Jack... no quiero líos con la policía. Pero nos llevaremos a éste que todavía está vivo... quiero saber por qué nos han atacado.

—Ajá... de ése me encargaré yo...

Se inclinó y arrastró al herido, que seguía gimiendo

escandalosamente. Jack le sacudió en pleno cráneo y el tipo calló.

Pero entonces vino lo peor. El coche estaba vacío.

¡Alice había desaparecido!

La portezuela del otro lado estaba abierta. Por allí se la habían llevado... Mientras nosotros peleábamos, otros habían hecho el resto.

—¡Alice! —exclamé entre dientes.

—¡La señorita! ¿Cree que se la han llevado? —el negro estaba completamente aturdido.

—Sí... es a ella a quien querían... aparte de matarme a mí...

—Escuche, patrón, la policía nos encontrará aquí... la gente no sale todavía porque tiene miedo, pero los tiros...

—Vámonos. Mete a éste en el coche y...

Lo arrojé como un fardo sobre la alfombra del compartimiento trasero, saltó al volante, y apenas había tenido tiempo de sentarme cuando el auto salió zumbando, con las ruedas chillando sobre el suelo como si fueran a reventar.

Me acomodé como pude, pisoteando al herido sin contemplaciones. Rodábamos por una estrecha calleja a cuyo final se distinguían las luces de una avenida. Jack dobló por ella, aceleró y pronto estuvimos confundidos entre el tráfico. Seguía conduciendo descuidadamente y a una velocidad tremenda.

—Escuche, Jack —le esperé—; o conduce despacio o tendremos un disgusto. Si hay un accidente y los guardias nos encuentran con este fardo en el coche...

—No se altere, patrón... Todo el mundo conduce de esta manera... lo contrario sería llamar la atención. Yo sé lo que hago.

Seguimos así por espacio de unos minutos. El paradero de Alice me inquietaba, aunque confiaba en que no le harían daño, a menos que yo estuviese totalmente equivocado en mis ideas.

—¿A dónde vamos, Jack?

—¿Usted quiere preguntar algo a ese bastardo?

—¡Claro que quiero preguntarle! El tiene que saber el lugar al que tenían que llevar a la señorita.

—Bueno, yo sé por lo menos dónde podremos interrogarlo sin que nos molesten... incluso podrá gritar todo lo que quiera sin que nadie venga a enterarse de lo que sucede.

Salimos a las afueras. La vegetación se espesaba a medida que

nos alejábamos de la ciudad, haciéndose más selvática. Cuando menos lo esperaba, el coche dio un bandazo, giró y se internó por un camino infernal bordeado de altos árboles. El auto saltaba y se bamboleaba como un cabrito loco. Los muelles protestaban violentamente, pero el negro seguía adelante sin preocuparse por nada de esto.

El herido comenzó a dar señales de vida. Se movió un poco y lanzó un ahogado gemido. Me incliné sobre él y busqué las armas que pudiera llevar. No encontré ninguna.

Sus gemidos se hicieron más vivos y trató de incorporarse entre exclamaciones de dolor. Le sacudí con el pie y volvió a caer de plano y con la cara barriendo la alfombra de goma.

—Ya llegamos, patrón...

El auto se detuvo. Vi que estábamos en un claro donde se erguía una pequeña cabaña de madera.

—¿Quién vive aquí? —pregunté.

—Mi madre. Pero no nos molestará. Es sorda, ¿sabe?

—Aun así...

—No se inquiete...

Sacó al bandido tirando de él sin contemplaciones hasta que dio de cara contra el suelo. Allí volvió a reanudar su concierto de gemidos, pero no le valieron. El negro siguió llevándolo agarrado por un pie y arrastrándolo brutalmente. No pude sentir ninguna piedad. Sólo el recuerdo de Alice era suficiente para hacerme ver las cosas desde un punto de vista tan salvaje como el mismo ataque de que nos habían hecho víctimas.

El interior de la cabaña estaba limpio hasta la exageración. Los muebles eran rústicos, pero tan cómodos como los mejores. Incluso había algún cuadro sobre las paredes.

Una mujer apareció. O lo que quedaba de una mujer. Dios sabe los años que tendría. No era más que un pellejo relleno de huesos puntiagudos que en algunos lugares atirantaban la piel como si quisieran agujerearla.

Primero nos miró con cierta alarma, con unos ojos que apenas si eran más que dos rendijas en su apergaminada cara. Luego fijó las mortecinas pupilas en Jack e hizo una mueca.

—Hola, Mam —saludó el negrazo.

Enseguida se lió a ejecutar una centelleante sucesión de extraños

ademanes. La exhibición duró un buen rato, y al fin la vieja asintió, dio media vuelta y desapareció, cerrando la puerta a sus espaldas.

—Arreglado —anunció el negro—. Mam nos cobija en su casa.

—¿Cuántos años tiene? —pregunté, señalando la puerta cerrada.

—Nadie lo sabe... muchos, desde luego. Jamás ha querido vivir en la ciudad, y entre yo y mi hermana la mantenemos y cuidamos. A ella le gusta vivir en esta cabaña... entre los árboles.

—Ya veo...

—Veamos ahora a éste.

Me incliné sobre el herido. Había recobrado el conocimiento y nos miraba con cara aterrada. La herida en el muslo debía dolerle como un infierno, pero había dejado de gemir. Sus achatadas facciones de mulato eran de las más innobles que yo había visto jamás.

Jack se inclinó sobre él y lo agarró por los cabellos.

—Venga, dinos quién ha pagado el ataque.

No obtuvo respuesta. El se limitó a golpear el suelo de madera con la cabeza del mulato. El suelo sonó como un tambor desafinado, o tal vez fuera la cabeza del tipo lo que sonaba a cascajo.

Tampoco así obtuvo respuesta. El negrazo soltó el cabello y se levantó.

—Tozudo —gruñó—. Pero peor para él. La Coral se encargará de darle su merecido...

—¡No!

Pegué un respingo. El estentóreo chillido de nuestro prisionero estaba cargado de tanto horror que me estremecí.

—¿Qué le pasa ahora? —indagué.

—No le gusta lo que le espera —explicó Jack—. Le he dicho que si no habla lo amarrearé a un árbol, lo embadurnaré con el jugo de la menta y lo dejaré allí.

—¿Qué es eso de la Coral?

Me miró, burlón.

—Una pequeña serpiente —puntualizó—. No tan larga como su brazo, patrón. Pero tiene muy malas intenciones... y le gusta el jugo de la menta...

Mientras él hablaba, los ojos desorbitados del mulato no se apartaban de él, desencajados por el terror. Jack añadió:

—Claro que a lo mejor son las hormigas las que llegan primero.

En este caso, la serpiente no encontraría nada más que un montón de huesos...

—¡No, no...! Te diré lo que quieras...

Lo había conseguido. Quedé mudo de asombro.

—¿Quién quería matar al patrón? —interrogó el negro.

—Dos blancos... Nos pagaron para acabar con éste...

—¿Quiénes eran esos blancos? —pregunté.

—No lo sé...

—¿A dónde han llevado a la señorita?

Esta vez vaciló, pero un gesto de Jack acabó con toda vacilación.

—A una cabaña de Blue Lake...

Miré al negro.

—¿Sabes dónde está eso?

—Si...

Su voz no me gustó. Era vacilante.

—¿Qué te pasa, Jack?

—Serpientes —dijo—. Blue Lake es un mal sitio. Muchas serpientes por los alrededores.

—¿Crees que atacarán a Alice?

—No atacan en las cabañas, pero sí fuera. No me gusta. Si ese tipo está mintiendo...

—¡No miento! —protestó el herido con voz débil—. ¡Digo la verdad, lo juro!

—Está bien. ¿Qué cabaña es ésta?

—Pertenece a un americano llamado Benson...

Esta vez pegué un brinco. ¡Marcel Benson!

—Está bien...

No me dejó seguir. Empezó a quejarse otra vez y pidió un médico. No le hice caso. Ya tenía bastante en qué pensar.

Para acabar de convencernos, añadió por su propia voluntad:

—Teníamos que llevar, a la señorita al Blue Lake y guardarla allí hasta mañana por la mañana en que vendrían los dos blancos. Entonces nos pagarían...

—¿No irán allí hasta mañana?

—Eso es comprensible —anunció Jack—. Nadie se atrevería a viajar hasta allá de noche.

—Ya veo... ¿Sabes dónde se alojan esos dos blancos en la ciudad?

—No...

—¿Seguro?

—No lo sé... ¡Le juro que no lo sé!

—Está bien... Vamos a llevarlo a un médico, Jack.

Eso no le gustó al negro.

—¿Por qué no lo tiramos en cualquier lado? El quería matarnos, patrón...

—No podemos hacer eso, Jack.

—¿Por qué? El...

—Olvidalo. Vamos a llevarlo a la ciudad.

—¿Y si descubre a los demás que nosotros sabemos dónde está la señorita?

—No lo hará... no creo que le dieran ningún premio por haber hablado.

—Me matarían —dijo él sencillamente.

—Ya lo has oído.

Jack se encogió de hombros, lo agarró nuevamente y sin preocuparse de despedirse de la arrugada vieja que quedaba allí lo llevó otra vez al coche. Unos minutos después rodábamos hacia la ciudad.

Jack se Encargó de entregar el herido a un dispensario público. Yo me quedé en el hotel «Jardín», con el encargo al taxista de que viniese a buscarme una vez terminado con el prisionero.

La matrona que regentaba el pequeño hotel me sonrió cuando vio que me acercaba a ella.

—Necesita hablarle, señorita —empecé, resuelto—. Sé que es algo insólito, pero también lo es lo que está sucediendo.

Sin detenerme a reflexionar le conté el ataque de que habíamos sido víctimas y el secuestro de Alice. Palideció y al parecer las noticias la asustaron más de lo que cabía esperar.

Tras un silencio dijo:

—Esa señorita... *miss* Benson...

—Es la hija de Marcel Benson, un cliente de este hotel.

—Ya lo suponía...

—¿Tiene usted algún encargo para ella, alguna carta tal vez?

—¿Qué le hace creer que yo pueda tenerla?

—Mire, estamos perdiendo el tiempo. Marcel Benson dejó un sobre con instrucciones para su hija antes de ser asesinado... pero

ese sobre fue robado por el asesino y...

—¡Asesinado! —balbuceó.

—Sí. ¿Quiere decirme ahora lo que tiene para Alice Benson?

No contestó enseguida. Estaba aturrida.

—Míster Benson... era tan bueno... Nos quería tanto...

—Sí, sí, pero tenemos que vengarlo.

—Yo no sé nada... él dejó a Jean encargado de todo.

—¿Quién es Jean?

—Espere aquí.

Desapareció tras una cortina que había en un rincón del mostrador. Esperé fumando cigarrillo tras cigarrillo más de diez minutos. Mis nervios eran cables de acero tensados hasta el límite.

Al fin regresó.

—Pase —dijo solamente, sosteniendo la cortina.

Entré en lo que era un pequeño saloncito privado.

Los muebles sencillos y las paredes empapeladas con colores ahuyentaban la posible tristeza del cuarto interior.

En un rincón, sentado en una mecedora, descubrí a un hombre de irnos cuarenta años. Le faltaban las piernas y era ciego. Me estremecí ante aquellas pupilas muertas.

—Éste, es Jean —dijo la matrona—. Le he contado lo sucedido. Hable usted con él.

Me acerqué al invalido. Su rostro era tan blanco como la leche. Daba escalofríos verlo.

—¿Conoció usted a Marcel? —me preguntó cuando me detuve frente a él.

—No. Fue su hija quien me llamó, cuando él ya estaba muerto.

—¿Qué es usted?

—Detective.

—¿Policía? —puntualizó.

—No; detective privado. Trabajo para Alice —pensé que necesitaba demostrarle que tenía derecho a cualquier secreto y añadí con voz lenta—. Además de esto, vamos a casarnos cuando todo esto termine.

—Comprendo... Acérquese, ¿quiere?

Me acerqué. ¿Qué podía hacer?

Su blanca mano se elevó hasta que consiguió —encontrar mi rostro. Estuvo casi un minuto recorriéndolo de arriba abajo,

rozando la piel con las yemas de los dedos. Finalmente pareció darse por satisfecho, y, tras unos instantes de silencio, habló suavemente, como quien recita una lección:

—Marcel me dejó un mensaje. No tenía que revelarlo a nadie que no fuera su hija... pero en este caso creo que debo decírselo a usted.

—Siga...

—Yo no comprando el mensaje. Usted o ella tendrán que adivinarlo...

—Está bien, hable.

Reflexionó un poco. Yo estaba a punto de ponerme a gritar, impulsado por los nervios y la impaciencia.

Al fin murmuró:

—Voy a repetirle las palabras que él pronunció, ¿comprende? Van dirigidas a Alice Benson...

—¡Sí, sí, comprendo!

«—Hija, no creas todo lo que digan de mí. Si he hecho algo delictivo nunca he perjudicado a nadie. Me he divertido mucho, eso es todo. Sin embargo ha llegado un momento en que la ambición de los demás quiere obligarme a continuar algo que yo he abandonado ya, por eso he de tomar precauciones. Si a pesar de eso me sucede lo que temo, tú podrás saberlo todo si escuchas lo que sigue...»

El ciego hizo una pausa y aspiró aire. Sonrió. Mis nervios me dolían.

Él dijo suavemente:

—Ojalá usted comprenda el mensaje que sigue...

—¿Cómo puede usted recordarlo todo?

—No tengo otra cosa que hacer que ejercitar mi memoria. Marcel me distinguió siempre con su amistad. Tenía confianza en mí y sabía que recordaría palabra por palabra lo que él me dijera.

—Está bien, continúe.

—Sí...

Hizo una corta pausa antes de proseguir:

«—Si has llegado a escuchar a Jean es que has recibido también mis instrucciones en Miami. Como una carta puede llegar a otras manos que no sean las tuyas le he pedido ayuda a Jean. Éste es el mensaje, hija. Todo está enterrado bajo el fuego del tiempo. Búscalo. Es tuyo. No te quemarás. Todo lo que encuentres es limpio

excepto las piedras. Haz con ellas lo que quieras. Jean te dirá qué le he comprado. Buena suerte».

—¿Eso es todo? —pregunté, estupefacto.

—Eso es todo.

—No entiendo... ¿Qué le compró a usted?

—Una cabaña.

Pegué un brinco.

—¿Dónde está situada?

Casi sabía la respuesta antes de que fuera pronunciada.

—En Blue Lake.

—Comprendo. Usted ha tenido mucho tiempo para pensar en este mensaje. ¿No le ha hallado ningún significado?

—En absoluto. Él me dijo que dejaría un sobre con instrucciones escritas para Alice, indicándole que debería venir a Nassau y buscar al que había sido un gran amigo de su padre. No mencionó nombre, según tenía pensado, pero sí dijo que ella hallaría entre sus cosas la pista para llegar hasta mí.

—Yo la encontré... pero la carta cayó en otras manos. Nunca la vimos.

—¿Cree que él asesino de Marcel está aquí?

—¡Claro que está aquí! Y a la muchacha la han llegado precisamente a esa cabaña que él le compró, Jean.

—¡Santo Dios! Así ellos saben...

—Ellos deben saber que le compró a usted la cabaña, nada más. Por eso se han aprovechado ahora de ella para tener a Alice aislada...

—¿Va usted a ir allí?

—Sí.

—Que Dios le ayude. Tenga cuidado con las serpientes... si no se sabe cómo evitarlas...

—Llevaré un guía de confianza.

Estreché la mano del inválido y salí fuera.

La matrona estaba apoyada en el mostrador leyendo un periódico, mientras Jack se paseaba por el vestíbulo como un tigre enjaulado. Al verme aparecer dio un respingo y se acercó.

—Solucionado, patrón... ese tipo rió le molestará más.

—Muy bien, Jack. Estás ganándote una buena recompensa. Vamos.

Me despedí de la mujer, que ni siquiera levantó la cabeza, y los dos abandonamos el hotel. Cuando estábamos al lado del coche dije:

—Vamos a viajar hasta el Blue Lake, Jack. Y sin perder un minuto.

—No me gusta la cosa, patrón, pero si la señorita está allí...

—Eso es; ella está allí. Además, cuando terminemos con todo esto tendrás una recompensa suficiente para cambiar esta carraca que llevas por un último modelo.

Su negra, cara se iluminó con una ancha sonrisa.

—¡Bravo, patrón! Puede mandarme lo que quiera.

—De momento, al Blue Lake.

—Y al infierno si usted lo desea...

Salimos disparados como de costumbre. Cuando dejamos atrás la ciudad, Jack empezó a cantar como si se dirigiera a una fiesta...

Pensé que era más probable que nuestro destino fuera el infierno, tal como él había dicho...

CAPÍTULO IX

Abandonamos el coche más de una milla antes de llegar a la cabaña. Entre otras razones, porque el camino resultaba casi impracticable.

Andar por entre la vegetación, a oscuras y sabiendo que las serpientes habían tomado aquel terreno por asalto no resultó nada agradable. Mis piernas temblaban cada vez que escuchaba cualquier rumor entre la maleza. Detrás de mí, Jack juraba en voz baja y blandía en su mano un machete de hoja ancha.

Cuando llegamos a la vista de la cabaña nos detuvimos, escondidos entre los altos arbustos. Había luz en las ventanas.

—Por lo visto no están dispuestos a correr riesgos —dije con voz apenas audible—. Ni siquiera duermen.

—La luz atraerá a las alimañas...

—De momento nos atrae a nosotros. ¿Has Visto el coche de esos tipos?

—Sí. Estaba escondido a media milla del nuestro. Me he entretenido en romperles la tapa del distribuidor. No podrán sacarlo de allí en una semana.

—Escucha, Jack. Yo tengo una pistola, de manera que me acercaré a la cabaña solo. Tú quédate por si hay jaleo y tratan de salir. ¿Has entendido?

—¿Y si acaban con usted? Ellos deben ser varios...

—Pero armados de cuchillos solamente.

—Eso no puede usted saberlo.

—Tengo que correr el riesgo.

—Bueno, estaré junto a la ventana. Mi machete puede hacer maravillas también...

Nos deslizamos hasta quedar protegidos por la sombra de la

edificación. Desde el interior nos llegaba un confuso rumor de voces.

Tuve que arriesgarme a ser descubierto, pero no había más remedio. Atisé por una ventana y casi lancé una exclamación de alivio. Alice estaba sobre una litera, atada de manos y pies, pero al parecer se encontraba bien.

Dos hombres estaban sentados a una mesa, fumando y bebiendo directamente de una botella que había al alcance de su mano. Los dos eran mestizos.

Sorprenderlos resultó un juego de niños. Por lo visto, las armas de fuego no eran de su gusto, porque la vista de la automática les quitó toda belicosidad.

—Mientras sigan quietos —les advertí—, todo irá bien.

Jack fue el encargado de amarrarlos como fardos, mientras yo libraba a Alice de las cuerdas que la inmovilizaban. Cuando se encontró libre se abrazó a mí, y sus labios expresaron algo más que alivio por mi oportuna llegada.

—¡John...! Ha sido horrible...

—Bueno, pequeña. Ahora tenemos que irnos de aquí. Una vez en el hotel podrás hablar todo lo que quieras.

Eché un vistazo a mi alrededor mientras Jack amarraba a los dos mestizos y los arrastraba a una habitación interior.

Era una cabaña sin lujos ni comodidades. Los muebles más imprescindibles, una pequeña cocina de fabricación casera y una chimenea, cuyas piedras no estaban manchadas de hollín. Pocas veces debían haberla utilizado. Me pregunté por qué demonios habrían construido una chimenea como aquella si no encendían fuego.

Estaba a punto de llamar a Jack para que se diera prisa cuando la idea saltó. Fue como un chispazo. Recordé las palabras pronunciadas por Jean, las referentes al fuego... y me precipité hacia el hogar como poseído por el diablo.

Asombrada, Alice vino a colocarse a mi lado.

—¿Qué estás haciendo, John; te has vuelto loco?

—Tal vez.

Las piedras del suelo estaban bien encajadas y no había manera de moverlas. Miré a mi alrededor. Sobre la mesa estaba el machete de Jack. Me apoderé de él y comencé a escarbar. Después lo utilicé

como palanca, una de las piedras se elevó...

Alice chilló histéricamente en aquel preciso instante. Solté la piedra y me levanté de un salto, siguiendo la dirección de su mirada. La tenía fija en la puerta, como hipnotizada.

—¡Cristo! —exclamé casi sin voz.

Habíamos cometido el error de dejar la puerta abierta, de manera que el resplandor de la lámpara de petróleo se desparramaba, fuera. Y había acudido una visita.

Estaba entrando despacio, meciéndose suavemente y clavando sus malévolos ojillos en nosotros dos. Era una serpiente de gran tamaño.

Jack apareció en el umbral de la puerta interior y se quedó paralizado de espanto. El estaba más cerca de la serpiente que nosotros. Y, además, se encontraba desarmado.

Vi como el bicho desviaba su mirada y la clavaba en el nuevo personaje. Cambió de rumbo y se dirigió hacia el negro.

—¡Cierra la puerta! —grité.

El grito lo sacó de su parálisis. La puerta se cerró en las narices del reptil, que vaciló antes de reanudar su lento avance hacia nosotros.

Sin hablar, empujé a Alice hasta dejarla apoyada en la pared. El machete que sostenía en mi mano me pareció más efectivo que la automática, ya que si erraba el tiro...

Se me erizó el cabello solo de pensarlo, de manera que balanceé el arma y avancé un paso. Alice susurró:

—¡Santo Dios... John...!

No le hice caso. Toda mi atención estaba pendiente del reptil, esperando el instante en que se lanzaría al ataque. Estaba tan cerca ya que el suave silbido que escapaba de su abierta boca me pareció ensordecedor... ¡Lo que hace el miedo!

Inicié un paso a un lado, a mi izquierda. La cabezota del animal me siguió como si quisiera hipnotizarme... y se lanzó al ataque. Se distendió hacia adelante como un muelle y entonces blandí el machete con toda mi furia.

Tuve la suerte de alcanzarla justo detrás de la cabeza. La cabeza saltó por los aires y el resto se retorció furiosamente en el suelo, esparciendo su oscura y sucia sangre por todas partes.

—¡Listo, Jack! —grité.

El negrazo apareció. Su rostro estaba gris.

—¡Maldito bicho! —Gruñó.

Alice, histérica, se tapó la cara con las manos.

—¡Saca eso de aquí, John, por favor!

Vacilé. Una repugnancia sin límites me tenía inmobilizado.

Jack refunfuñó:

—No podemos sacarla fuera... hay que dejarla aquí.

Se dirigió a la puerta y la cerró de golpe. Después explicó:

—Ahí afuera, la sangre de ese demonio atraería a las demás...

Por lo menos, su pareja acudiría como una flecha. Pero tenemos que largarnos de aquí, patrón.

—Espera un minuto.

De nuevo me dediqué a levantar las piedras de la base de la chimenea. Allí estaba.

Alice exclamó:

—¿Qué es eso, John?

El mensaje de tu padre... Ya lo examinaremos en el hotel.

Eran dos cajas de metal parecidas a los envases de galletas. Las dos estaban firmemente atadas con alambres, de manera que sólo tuve que tirar de ellos para sacarlas como si fueran dos maletas.

—Ahora podemos marcharnos —anuncié.

Estaba amaneciendo cuando abandonamos la cabaña. Me detuve un instante mirando la oscura selva que nos rodeaba, y estaba a punto de hacer un comentario al respecto cuando sonó un disparo y la bala arrancó astillas a una pulgada de mi cabeza.

—¡Adentro! —grité, cerrando otra vez la puerta.

Nos habíamos entretenido demasiado.

—Estamos metidos en una ratonera —dije, asomándome un poco por una ventana, tras apagar la luz—. Esos tipos van a freírnos si nos atrevemos a salir.

—¿Quiénes son, John? —susurró Alice.

—O mucho me equivoco, o tú ya los conoces, por lo menos a uno de ellos...

—¿Quieres decir que...?

—Ros Korum. Al otro no puedo identificarlo... todavía.

Un nuevo balazo hizo polvo el cristal de la ventana, lo que me obligó a saltar a un lado.

—¿Cuántos son, patrón? —preguntó Jack con voz contenida.

—Supongo que dos solamente.

—Ya...

Altee apoyó la mano en mi brazo y murmuró:

—¿Cómo sabías que había algo escondido en la chimenea?

Le conté rápidamente lo que me había dicho Jean. Pero mientras hablaba, esperaba mi oportunidad con la automática en la mano. Todo lo que alcanzaba la vista a través de la ventana estaba desierto, pero los dos asesinos debían estar entre los primeros troncos.

Cuando acabé de hablar ella murmuró:

—¿Qué crees que hacía mí padre, querido?

—Contrabando de esmeraldas. Ésa es mi idea y...

Me interrumpí. Había visto una forma humana deslizarse de un árbol a otro. Ya no volví a hablar, pendiente solamente del emboscado atacante.

Esperé silenciosamente, con Alice a mí lado pegada a la pared.

—No te muevas —le advertí—. He visto a uno de ellos...

De pronto, aquella figura surgió como un rayo, buscando guarecerse detrás de otro árbol más cercano a la cabaña. Disparé dos veces tan rápidamente que las detonaciones se fundieron en una sola.

El tipo cayó, pero pude ver cómo todavía conseguía llegar a su refugio.

—Bueno, éste lo pensará dos veces antes de volver a moverse. Escucha, Jack...

No obtuve respuesta. Giré en redondo, pero no lo vi por ninguna parte.

—¡Jack! —grité.

Nada.

Entonces Alice lanzó un grito y señaló el suelo. Tenía razón. La serpiente había desaparecido. Sólo la mancha de sangre quedaba sobre el suelo de madera.

Comprendí lo que el negro se proponía y me estremecí. Mi estómago dio un par de saltos y estuvo a punto de llegarme a la boca.

Seguí vigilando cuidadosamente. No podíamos dejar que nos sorprendieran o ya podíamos comenzar a rezar.

En aquel instante resonó otro disparo, pero éste al otro lado de

la cabaña. Yo vigilaba las dos ventanas que había en la estancia delantera, pero la habitación donde Jack había encerrado a los dos prisioneros debía tener también una.

Me maldije por mi descuido. Un nuevo estampido atronó el silencio de la selva, y casi simultáneamente hubo un estrépito en aquella habitación, en el momento en que yo abría la puerta.

El corpachón de Jack atravesó la ventana haciéndola añicos y rebotando por el suelo. Una bala entró tras él y me pasó rozando con un zumbido.

—¿Dónde demonio te habías metido?

—Necesitamos ayuda, patrón...

Comprendí la clase de ayuda qué había llamado. Dije, mirando el sucio machete que empuñaba:

—Con eso no puedes hacer mucho, pero vigila la parte delantera, Jack... el tipo de allí está herido. Creo que no intentará moverse. Yo me quedaré aquí.

Desapareció. Eché un vistazo a los dos bultos que, en el suelo, permanecían inmóviles como fardos. Después traté de ver por un ángulo de la ventana. Instantáneamente, un balazo aulló junto a mí, arrancando astillas de la pared.

—¡Cómo tira, el condenado! —dije entre dientes.

La voz de Jack me llegó, contenida, pero con acento de alarma:

—¡Aquí, patrón!

Corrí hacia el otro aposento. El tipo herido había corrido hasta buscar refugio en unas piedras que se elevaban en medio de la plazoleta, muy cerca ya de la cabaña.

—¡Vete atrás, Jack, y llámame si ves al otro! Yo intentaré acabar con éste...

Disparé y la bala levantó el polvo de las piedras. El fulano intentó guarecerse mejor y no se dio cuenta que parte de la cabeza le quedaba al descubierto por el otro lado. Crisparé dos veces más y su cabeza voló y él salió lanzado hacia atrás por impulso de los proyectiles.

Instantáneamente corrí hacia donde estaba Jack.

—¿Lo has visto?

—No —dijo.

Examiné la pistola y una corriente de hielo corrió por mi espalda. Estaba vacía. Entre unas cosas y otras había gastado hasta

el último cartucho.

—Bueno, Jack... no me queda más munición, de manera que...

—Lo que faltaba —refunfuñó—. ¿Quién me mandaba a mí meterme en todo esto? Total, por...

—Piensa en el coche nuevo, Jack. Y vigila...

Regresé a la estancia delantera. Alice seguía acurrucada, junto a la chimenea y me miró, implorante. Estaba agotada y las lágrimas se deslizaban mansamente por sus mejillas.

—Animo, pequeña —traté de animarla—. Sólo queda uno...

No respondió ni me miró. Parecía aturdida y estuve tentado de abrazarla para infundirle ánimos. Pero en aquel instante un nuevo disparo en la parte trasera me obligó a correr al lado de Jack.

—¿Dónde está? —pregunté, acurrucándome junto a él.

—Detrás de aquel árbol...

—Demasiado cerca para nosotros.

El emboscado asomó la cabeza y la mano armada. Un nuevo balazo entró aullando por la ventana.

—Está provocándonos. Seguramente está intrigado por nuestra falta de respuesta a sus tiros...

—Cuando comprenda que no nos quedan balas... —suspiró Jack. Sí; cuando Ros Korum comprendiera eso...

Porque ahora ya no me cabía duda. Lo había reconocido al asomar la cabeza.

De nuevo apareció. Disparó dos veces y echó a correr hacia otro tronco mucho más cercano. Noté cómo Jack se enderezaba un poco.

—¿Está muerto el otro? —preguntó.

—Sí.

—Entonces sólo queda éste...

—Pero él tiene munición, Jack...

—Sí...

—No podremos detenerlo si se decide a atacar abiertamente.

—Veremos...

Iba a replicar cuando nos llegó la voz de Ros Korum.

—¡Eh, polizonte! ¿Cómo está Alice? —gritó triunfalmente.

Bien, había que ganarle por la mano.

—¿Por qué no vienes a verlo? —repliqué con voz firme.

—¡Claro que iré a verlo! ¿Por qué no dispara, idiota?

—Espero verte más cerca.

Saltó fuera del árbol y corrió hacia otro, muy cercano a aquél en que había estado, pero también más próximo a la cabaña. Me estremecí.

El soltó una carcajada.

—¿Es que no te queda munición, polizonte?

Lo había adivinado. En cuanto se convenciera...

Disparó de nuevo. Luego gritó:

—¡Dile a Alice que la reservaré para lo último! Quiero divertirme un poco...

Se interrumpió bruscamente. Jack se puso tenso y yo volví la Cabeza al notar la presencia de Alice.

—¡Agáchate! —exclamé al verla—. Puede liquidarte desde donde está y...

Nunca terminé. Sonó un alarido espantoso y al mismo tiempo Jack gruñó:

—¡Los refuerzos, patrón!

Giré sobre mis talones. A través de la ventana descubrí un revuelo detrás del árbol en que Ros se había refugiado. Noté perfectamente cómo toda mi piel se estremecía y sentí erizárseme el cabello ante el espectáculo. Nuevos alaridos llegaban hasta nosotros, mientras mi cuerpo negruzco envolvía materialmente a Korum, revolcándose por el suelo. La pistola bramó dos veces más antes de enmudecer definitivamente.

Alice empezó a chillar a mi lado y un segundo después se desplomó al suelo. Jack se precipitó sobre ella para levantarla.

Yo no podía apartar la mirada del espantoso cuadro. Ros Korum se debatía salvajemente entre los mortales anillos de la serpiente, y los dos rodaban de mi lado a otro. Pero no era un reptil muy grande...

—¡No podemos dejar que muera así! —dije, arrebatándole el machete al negro.

Éste soltó a Alice sobre una litera y me sujetó.

—¡No sea loco, patrón!, ese tipo lo tiene merecido y...

Salté hacia la ventana, intentando soltarme del negro. En aquel instante, otro cuerpo viscoso se desprendió de un árbol y cayó sobre los que ya estaban luchando. Los horrorizados aullidos del criminal me ponían enfermo y algo se había desatado en mi mente. Era espantoso lo que estaba sucediendo. A pesar de todo, Korum era un

ser humano.

Conseguí zafarme de las garras de Jack y saltar fuera de la cabaña. El vino detrás de mí, y, más corpulento, saltó y cayó sobre mis espaldas derribándome al suelo.

—¡Mire, patrón! —gritó histéricamente.

Miré. Creo que empecé a gritar también.

Las dos serpientes envolvían casi totalmente a su víctima, que todavía se debatía. Pero sus gritos eran ya un largo quejido agónico.

Pero no era eso lo que Jack me señalaba, sino un pequeño cuerpo rosado que se deslizaba muy cerca de donde tenía lugar la mortal lucha.

—¡Una Coral! —susurró Jack—. Salta para morder... y no hay salvación para su veneno...

Estaba hablando todavía cuando la pequeña serpiente rojiza pareció alargarse, saltó y quedó colgando en alguna parte de aquel revoltijo. El pequeño bicho había hincado el diente...

Todo acabó con una rapidez escalofriante. Los gritos cesaron, el polvo se abatió nuevamente y la masa negruzca con su presa quedó inmóvil. Después comenzó a moverse despacio... y yo cerré los ojos.

—¡Vamos, patrón! —murmuró Jack, casi arrastrándome hacia la cabaña.

Me encontré, dentro sin darme cuenta, acariciando a Alice y murmurando palabras incoherentes.

A partir de aquel instante fue. Jack quien llevó la dirección de todo. Yo estaba como aturdido y no acertaba a pronunciar palabra.

Hasta que, sin saber cómo, me encontré sentado en el coche. Jack conducía y el coche daba tumbos por el desigual camino. Entre el negro y yo, Alice se mantenía erguida, tensa y silenciosa. Al volver la cabeza descubrí a los dos mestizos, amarrados como fardos y tirados sobre la parte trasera del auto.

A mis pies descansaban las dos cajas metálicas que tanta sangre habían costado.

Alice inclinó la cabeza, se apoyó en mi hombro y cerró los ojos. Le rodeé la espalda con mi brazo y la besé en los cabellos. Todo había terminado... o casi.

CAPÍTULO X

Paul levantó la cabeza y me miró.

—Ahora comprendo por qué quieres que no se de publicidad a este caso...

—Naturalmente. No quiero que el nombré de Marcel Benson salga a relucir.

—Ya veo..., Sin embargo, era un contrabandista.

—De acuerdo. Pero se retiró. Fue precisamente al querer abandonar esa pandilla cuando las cosas se pusieron feas para él. Por eso pensó que debía dejar suficiente material para que, si le atacaban, pudiera cubrirse. Lo que no pensó fue que le matarían a las primeras de cambio por temor a que delatara a la organización.

—¿Qué supones que había escrito en aquella carta?

—Por lo que me dijo Jean, el ciego de Nassau, opino que en ella le decía a Alice que fuera a Nassau, buscara allí al hombre que había sido su mejor amigo. El Je diría el resto. Con eso, y el folleto del hotel Jardín que él guardaba en su cartera, Alice debía tener suficiente para hallar lo que él había escondido.

—A propósito de esto... ¿Qué había en el escondite?

Sonreí irónicamente y señalé los papeles que él tenía entre manos.

—Ahí lo tienes.

—No me tomes por idiota. Tú me has hablado de dos cajas. Estos papeles caben en un sobre grande.

—Ya veo...

—¿Y bien?

—Fajos de billetes. Muchos dólares, Paul... y un paquete de esmeraldas.

Pegó un brinco en su sillón.

—¡Esmeraldas! No pretenderás hacer negocio con ellas. Son producto de un contrabando.

—Las arrojé al mar, polizonte, no te sulfures...

Eso no era cierto, pero no podía explicarle que precisamente el paquete de esmeraldas había sido la recompensa entregada a Jack por su inapreciable ayuda. Hay cosas que no pueden contarse a la policía. No tienen sentido del humor.

—Me gustaría estar seguro de eso —refunfuñó. Pero añadió al instante—: ¿Estás seguro de la identidad del otro criminal?

—Sólo conseguí sus documentos. El chofer del taxi se los quitó al cadáver cuando nos íbamos. Su nombre era Jasper Woldwort, el jefe de...

—Sí, sí, ya sé. Era el fulano que manejaba esa empresa de descarga y transporte en los muelles. Así se comprende que pudieran entrar las esmeraldas sin riesgo. Y la empresa no dejaba de ser perfectamente legal. Hemos comprobado también que la Compañía importadora no sabía una palabra de este tráfico.

—Naturalmente. Las esmeraldas eran separadas durante el transporte del muelle a los almacenes.

El se disponía a decir algo más cuando el teléfono comenzó a repiquetear. Lo tomó, gruñó algo y escuchó.

Al colgarlo, una sonrisa de satisfacción asomaba a sus labios.

—Listo por completo, compañero —anunció.

—¿Qué es lo que está listo?

—El sargento ha mostrado una fotografía de Woldwort a la secretaria del abogado asesinado, de Clark, ¿recuerdas? Bien, ella ha reconocido el hombre que entró anunciándose como míster Lang... El fue quien mató al abogado. Creo que ya no queda nada por aclarar...

—Todo solucionado... incluso se ha ahorrado el trabajo del verdugo.

Me levanté, dispuesto a largarme. Pero él tenía ganas de hablar.

—Con estos documentos el fiscal se dará por satisfecho y no creo que le de publicidad al asunto... ¡Ah! Hemos estado apretando las clavijas a la rubia de Ros Korum... la que ocupaba el apartamento en el Seville. Ya no hay duda de que él mató a Benson.

—¿Es que lo dudabas?

—Me gusta asegurarme de las cosas. Las horas coinciden.

Además, él llegó muy nervioso, excitado... Parecía haberse vuelto loco. Todo encaja. Ya te dije que eran dos crímenes distintos...

—Sí, eres un tipo listo, Paul.

Me encaminé a la puerta y al llegar le dije:

—Recuerda que mi boda se celebrará la próxima semana, así que...

—¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—Tú eres el padrino.

Empezó a gritar, pero yo ya había cerrado por fuera y bajaba las escaleras a saltos.

Alice me esperaba en el coche. Me acomodé ante el volante, la abracé y sus labios se unieron a los míos ofreciéndome un raudal de ternura.

—¿Lo has conseguido? —susurró después.

—Sí. Los periódicos no sabrán una palabra, de tu padre.

Sonrió y de nuevo sus labios me premiaron.

Como anticipo no estaba del todo mal...

El sol caía sobre el coche y la carrocería ardía. Ni siquiera el aire acondicionado del vehículo conseguía hacer agradable la temperatura. Sin embargo, no creo que ni ella ni yo notásemos el calor que reinaba allí dentro.

Estábamos demasiado ocupados.

Hasta que alguien dijo:

—Vamos, jóvenes... Hay tiempo para todo. Largo de aquí.

Era un guardia que había metido la cabeza por la Ventanilla.

—Okey, amigo —dije, apretando el arranque—. Estábamos cambiando impresiones.

—Ya me he dado cuenta. Negocios, supongo.

—Eso es.

Se echó a reír, sacó la cabeza y yo aparté el coche de la acera.

Alice empezó a reír también suavemente, se apretó contra mí y se apoyó en mi hombro.

—¿Recuerdas aquella noche, en el parque, querido?

—Sí. No podré olvidarla jamás.

Me besó en la mejilla. Después murmuró:

—Llévame allí, amor.

—¿A dónde?

—Al parque.

—Bueno...

—Estuve llorando en aquel banco... Ahora quiero sentarme en él, y tú me besarás...

—Para eso no necesitamos ir al parque, niña —protesté.

Rió, pero siguió insistiendo.

Bien, fuimos al parque. Después...

Pero eso ya es otra historia...

FIN

A vintage advertisement for Osborne VETERANO brandy. The background is a dark blue gradient with a bright, sun-like starburst in the upper left corner. Two women are featured: one in the upper left wearing a red sleeveless dress with a black floral pattern, looking back over her shoulder and pointing her finger; the other in the lower left is smiling and looking upwards, wearing a white dress with a large green floral pattern. To the right is a bottle of Osborne VETERANO brandy. The bottle has a dark body and a light-colored label with the text 'BRANDY V.O. VETERANO', 'OSBORNE', 'ESTA PRODUCCIÓN DE LOS', and 'PUERTO DE SANTA MARÍA'. The overall style is mid-20th-century graphic design.

GUSTA ESO

OIGA...

eso tiene
VETERANO
un
VETERANO
sabor

VETERANO es de OSBORNE



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España • Printed in Spain